

## XIV

### Enero - Marzo de 1853

9 de enero

Según bajaba junto a las vías del tren, en este día casi de primavera, oía, a cada rato, el sonido de las piedras que caían y rodaban por los collados. La tierra está casi del todo yerma. ¡Y no ha caído aún nevada que cubra más de una pulgada!

Cuando estaba ascendiendo hacia el Cliff, me paré al sol en una roca seca, soñando. Estaba pensando en esas horas de verano cuando todo está teñido de eternidad, en que el tiempo se adentra en la eternidad y se hace de su misma materia. ¡Cuánto, sino todo, de lo que tenemos por bueno a la mitad de nuestra vida proviene de los recuerdos de nuestra juventud! Recuerdo cómo me expandía. Cuando ahora el genio me visita, no me saca tanto de mis casillas, pero me acuerdo de cómo solía ser antes, y conozco esta experiencia, que ya tuve hace mucho tiempo.

14 de enero

Ha estado nevando todo el día. A Walden y a los Andrómeda Ponds.

Es una nieve ligera, que se posa como si fueran escamas emplumadas. Cuando se la examina desde cerca, los copos son estrellas o ruedas de seis radios con un disco central, figuras geométricas perfectas, que tienen la forma que he dibujado, de una perfección mayor de la que yo podría representar. Estos cristales finos son un tapiz de un pie de profundidad que se extiende por toda la región, aunque son tan ligeros como el salvado. Cuando miro hacia

la luz que hay al oeste, la superficie de los campos —desde esta perspectiva amplia— se me aparece ondulada, de agua, como si grupos distintos de copos estuvieran arrastrándose, algunos parecidos a escamas brillantes, otros más oscuros; o quizás es que los mismos reflejaban la luz de un modo diferente desde lados distintos de las ondas o remolinos de la superficie. Así es de bonita la nieve.

Imagino que el ratón de las praderas es todavía capaz de encontrar castañas bajo la nieve. Así como se desprendieron de la vaina, así han quedado los frutos sobre la nieve, en grupos de dos o tres.

Los huesos de los niños vuelven a convertirse en polvo rápidamente.

16 de enero

Frío, con ráfagas fuertes que mueven la nieve en remolinos. Ayer se podía oír a los perros. Día de cazadores. Todos los caminos estaban frescos, la nieve profunda y ligera. Me encontré con Melvin, que tenía su saco lleno.

Trench<sup>8</sup> dice que «rivales, en el sentido original de la palabra, son aquellos que viven sobre la misma ribera de un río» o «en riberas opuestas». Lo que ocurre, según nos cuenta, es que, como pasa con muchas otras palabras, debido a que la cuestión del derecho de aguas es una fuente inagotable de disputa entre vecinos, la palabra se ha transformado hacia su segundo significado. Mis amigos son mis *rivales* sobre el río Concord, en el sentido primitivo de la palabra. No hay peleas entre nosotros con relación al uso del arroyo. El Concord ofrece numerosos privilegios, pero ninguno de ellos provoca disputas. Es un arroyo pacífico, en nada alborotado. De los vecinos *que viven en sus riberas* ha hecho amigos, no *rivales*. Mis amigos son mis *rivales*; vivimos en lados opuestos del río, pero ese río es el Concord, que fluye sin ondas y

<sup>8</sup> Se refiere al libro de Richard Trench, *On the Study of Words* (1851), de influencias emersonianas.

sin murmullo, sin rápidos, sin alboroto, y que, por ello, no da pie a discusiones entre nosotros con privilegios mezquinos.

21 de enero

Una noche de luna tranquila, cálida, espléndida.

Me es fácil captar la moral de mis sueños. Anoche fue la paredumbra de las relaciones humanas lo que me influyó. Se me aparecieron llenas de muerte y de decadencia que ofendían el olfato. Por la noche, soñé que deambulaba entre las tumbas de los muertos, y que hundía mis dedos en su moho maloliente. Física, moral y sanitariamente, fue toda una experiencia.

27 de enero

Trench dice que un hombre *salvaje* es un hombre voluntarioso. Bueno, entonces, en ese caso, no solo el que es obstinado es voluntarioso, sino también el hombre lleno de voluntad que hace lo que quiere o lo que desea, el hombre lleno de esperanza, instalado en el tiempo futuro. Este último, constante, que persevera, lo es aún más. El hombre obstinado, hablando con propiedad, es el que no hará algo. La perseverancia de los santos es una voluntad positiva, no meramente pasiva. Los hados son salvajes, pues disponen; e igual que es el destino, el Todopoderoso, por encima de todos, es asimismo salvaje.

Qué son nuestros campos sino bosques que han sido talados. Portan un nombre más reciente que el de los bosques, sugiriendo que en un estado previo la tierra estaba cubierta por árboles. En los países jóvenes, un campo es siempre un claro entre los bosques.

11 de febrero

Mientras hacía trabajos de agrimensura en la granja de Hunt el otro día, escuché, detrás de la casa de Simon Brown, un eco

notable. Mientras trabajo, tengo que gritarle a mi asistente, sucesivamente, y a cierta distancia, desde cada lado y casi cada parte de la granja, y a distintas horas del día. Si hay eco alguno en el lugar donde estoy, es seguro que voy a descubrirlo. Y encontrármelo el otro día fue algo alentador, apaciguador. Después de muchos días de trabajo pesado y bastante insignificante con compañeros estúpidos, esta holganza, este juego retozón de la naturaleza, esta generosidad, simpatizó con la mejor parte de mí mismo. Alguien con quien hablar; a un grado de distancia, al menos, de la idea de hablar con uno mismo, y mejor. Alguien a quien anhelaba escuchar, con quien podría crear una comunidad. De verdad me dieron ganas de pasar allí todo el día haciendo llamados al aire y escuchando mis palabras repetidas, pero una necesidad vulgar me obligó a dirigirme a los lindes de la granja, donde solo pude oír las respuestas secas que mi compañero me gritaba de vuelta.

Me sorprende que no le demos más importancia a los ecos. Son, quizá, las únicas voces afines que escuchamos.

Fue el acontecimiento memorable del día. No así algo que mi compañero o los viajeros con quien me encontré pudieran haber dicho, o algún pensamiento mío, todo ello en realidad ecos o repeticiones en el peor sentido, pues eran algo que yo ya había escuchado o pensado antes en muchas ocasiones. Este eco, en cambio, tenía un aire de novedad, y al repetir mi voz, hizo algo más que solo duplicarla. Fue un modo profundamente socrático de sugerirme pensamientos impronunciados para mí como hablante. Ahí había uno con quien de todo corazón me encantaba hablar. Con tales auspicios favorables, pude conversar conmigo mismo, reflexionarme.

23 de febrero

Cuando leo en los libros viejos la palabra salvaje escrita como selvático, imagino que estoy en un país más agreste, en un tiempo más cercano a los tiempos primitivos. Así sucede con la *General Historie of Virginia* de John Smith, donde se me recuerda que el origen de dicha palabra es el *sylva* latino. En su idioma hay todavía

algo de los bosques fuertes y tupidos, de los ramajes erizados. Los salvajes que estos libros describen son realmente selváticos, habitantes de los bosques.

27 de febrero

Hace una semana o dos traje a casa una piña de pino bronco hermosa, perfectamente cerrada, que recién había caído del árbol. La metí en uno de los cajones de mi mesa. Hoy recibo la agradable de sorpresa de ver que se ha secado mientras estaba ahí y que se ha abierto en su manera habitual, llenando el cajón, y del cono sólido, estrecho, agudo, que era, se ha transformado en una piña amplia, abierta, redondeada. En realidad, se ha desplegado como si fueran los pétalos de una flor cónica, de escamas duras, que al mismo tiempo ha dejado caer un gran número de semillas provistas de alas delicadas. Cada escama, construida de un modo muy elaborado y perfecto, está armada con una espina corta, que apunta hacia abajo, como para proteger las semillas de los pájaros y de las ardillas. Ese cono duro y cerrado, que ningún intento violento podía abrir, ha cedido, de este modo, a la persuasión amable del calor y de la sequedad. El momento en que los conos de los pinos se abren, también esa es una estación.

5 de marzo

El secretario de la Asociación para el Progreso de la Ciencia me pide —como probablemente a otros miles— a través de una circular proveniente de Washington, que rellene los huecos y responda a ciertas preguntas, entre las que la más importante es la referida a la rama científica en la que estoy especialmente interesado, y donde la palabra ciencia está siendo utilizada en el sentido más amplio posible. Ahora, aunque podría explicar a este grupo selecto el departamento de la pesquisa humana que más me atrae, y debiera además alegrarme con tal idea, me da la impresión de que sería el hazmerreír de la comunidad científica si

describiera o tratara de describirles la rama de la ciencia en la que estoy especialmente interesado, pues sé que no creen en un tipo de ciencia que trata con leyes que nos exceden. Así que me vi obligado a hablarles en las condiciones que planteaban y describirles esa única sección pobre de mí mismo que van a ser capaces de comprender. El hecho es que soy un místico, un transcendentalista, y un filósofo natural, hasta el tuétano. Ese habría sido el modo más breve de hacerles ver que no comprenderían mis explicaciones, si tratara de dárselas.

¡Qué absurdo pensar que un relato verdadero de mi relación con la naturaleza les parecería simplemente ridículo, cuando es seguro que estoy tan cerca de la naturaleza como cualquiera de ellos, y que mi constitución como observador es tan óptima como la de cualquier otro! Si hubiera sido el secretario de una asociación de la que Platón o Aristóteles fueran el presidente, no habría dudado en describir puntual e inmediatamente los estudios a que me dedico.

6 de marzo

El domingo pasado arranqué un par de ramitas de aliso (mo-teado, aparentemente), junto con otras de álamo temblón (*tremuloides*, aparentemente), y algunas de sauce del pantano, que luego puse en agua en un cuarto cálido. Los amentos del aliso se relajaron inmediatamente y comenzaron a extenderse y a abrirse, y, en el segundo día, a dejar caer su polen. Cuelgan de la jarra con elegancia, mientras la flor hembra pequeña se ha distendido y tomado color brillante. En unos cuatro días, el álamo temblón comenzó a mostrar sus anteras rojas y sus escamas plumosas, de una pulgada de longitud y todavía en expansión. El 2 de marzo añadí la andrómeda, y el 3 de marzo la rododendra.

7 de marzo

¿Cuál es el primer signo de la primavera? ¿El movimiento de los gusanos y los insectos? ¿La savia que fluye en los árboles y en

los brotes hinchados? ¿No se despiertan los insectos con el fluir de la savia? Los azulejos, etc., no aparecen hasta que han salido los insectos. ¿O hay signos más tempranos en el agua? Tortugas, ranas, etc.

8 de marzo

Vi dos halcones surcando el cielo. Vi los restos de cuatro vacas y un caballo que quemaron hace un mes en un establo. En el lugar donde estaba la panza había una madeja de heno basto, y podían verse los tallos entre la circunferencia indistinta de las costillas. Vi brotes de sauce bastante grandes que se habían abierto (su seda) a un tamaño tres veces mayor que el de sus escamas, alrededor de las cuales ondeaban con líneas oscuras circundándolas. Me dan la primavera, son más primavera que cualquier otra cosa.

He oído ahora el trino o nota primaveral del carbonero de Carolina, antes de la llegada de cualquiera de los pájaros primaverales.

He oído a las primeras moscas zumbando al sol en la parte sur de la casa.

## XV

Marzo - Agosto de 1853

10 de marzo

Hoy es el primer día verdaderamente primaveral. El sol se refleja en todas las superficies, y la parte norte de la calle comienza a ser transitable para los caminantes. Ya no ve uno necesario el abrocharse los botones del abrigo.

Veo, al borde de la nieve, arañas negras de tamaño mediano, muy activas. Las hojas radicales de numerosas plantas (como por ejemplo, las del *Rumex* que hay en el agua y en sus proximidades) se están viendo afectadas por la influencia primaveral. Muchas plantas, como ocurre con el botón de oro, que ahora comienza a florecer, son perennes. Creo que los primeros signos evidentes de la primavera son: la apertura de los amentos del sauce negro, luego los del aliso temprano y la expansión de las brácteas de la col pestilente (en grupos al fondo del agua). Este es el orden que he observado, aunque quizás alguno de estos hechos precede al resto en algún caso particular.

En Nut Meadow Brook nos pusimos a descansar un rato junto a los raíles, mirando el arroyo sinuoso. Las rizaduras del fondo arenoso, donde brillan lentejuelas plateadas junto a restos oscuros de estuches de larva frigánea, semiocultos entres los montículos de los bancos de arena; las sombras de los hoyuelos invisibles del agua, que reflejan sobre el fondo un prisma de colores; los pececillos entreverándose ya en la corriente, inquietos, con sus colas menudas, cambiando rápidamente de dirección a cada instante, seguramente para atrapar alguna mota invisible, y cuyas sombras al principio no nos es fácil distinguir contra el fondo arenoso, pero que una vez vistas, nos resultan más obvias,

más grandes y más interesantes que la sustancia de la que provienen, pues en ellas podemos distinguir cada aleta, lo que apenas si puede lograrse con la sustancia; todos estos, espectáculos bellos y energizantes, como una especie de dieta de zumos que cura nuestro descontento inviernal. ¿Han jugueteado los pececillos así durante todo el invierno? Las colas-de-caballo frescas que hay al fondo han crecido un par de pulgadas. Entonces, ¿no debiera haberle dado lugar preferente, en la última página, a esta y a otras plantas acuáticas? Creo que así es, y los cálamos también han comenzado ahora.

¿Qué era ese sonido que venía a través del aire suave? Era el trino del primer azulejo, proveniente de un huerto de manzanos raquíuticos que hay un poco más allá. Cuando se oye este trino, ha comenzado la primavera.

Estoy seguro de que las ramitas del sauce amarillo y las del sauce verde han tomado un color más brillante que el que tenían antes. No se me puede engañar.

*12 de marzo*

Negó anoche de nuevo, una nieve con granizo, y ahora el terreno está blanco otra vez; ¿a dónde ha ido a parar el trino de los azulejos que el aire portaba últimamente como si fuera una pequeña onda azul?

La mayor parte de los amentos del aliso (al igual que los del sauce) están todavía en su estado invernal, pero algunos tienen sus escamas algo más sueltas y elevadas, lo que deja entrever sus intersticios y un color más claro en sus bordes. En realidad, han comenzado a florecer, y seguro que antes que los sauces. El mirto de turbera es la flor más bonita de las que se han abierto hasta ahora.

Es esencial que un hombre se concentre en su búsqueda (un investigador, por ejemplo, en sus estudios), pues es esto lo que se halla junto a su vida, lo que le es más cercano, lo que no va contra la naturaleza de su voluntad o de su imaginación. El investigador se encuentra con que algunos de los estudios que realiza son más

fértiles y llenos de luz, y otras más secos, yertos y oscuros. Si es sabio, no insistirá en estos últimos, como sucede con una planta en un sótano, que se esfuerza por encontrar la luz. Centrará las observaciones de su mente en lo que es cercano a la experiencia y a la vida de sus sentidos. Su pensamiento debe estar inspirado, debe vivir con la vida de su cuerpo. Hay hombres que deciden llevar una vida de restricciones y sacrificar sus días a las decisiones de su voluntad, como el que dijo que haría alguna señal si después de que le cortaran la cabeza todavía mantenía algo de conciencia, lo que, claro está, no ocurrió. Permanece lo más que puedas cerca de los canales en los que fluye tu vida. El hombre a menudo se asocia con compañeros y con empresas que oscurecen su día. Los hombres prefieren la oscuridad a la luz.

*14 de marzo*

Estuve arreglando mi bote.

Viento fuerte que se hace más frío a cada segundo. La tierra se endurece de nuevo. Ni siquiera durante este pasado invierno he sentido mis orejas tan frías. Es con razón que se habla de marzo ventoso.

*15 de marzo*

Pocas noches de invierno fueron tan frías como esta de hoy. El agua que tenía en el florero, y donde estaba la tortuga que tengo por mascota, se congeló completamente, rodeándola, a pesar de que durante toda la tarde tuve el fuego prendido en mi cuarto. Pero la tortuga, que conseguí deshelar junto a la hornilla, y que estaba más vivaz que nunca, había dejado la marca de su concha sobre el hielo. Al principio, lo que intentó fue resguardarse bajo su lasca, como si quisiera ir hacia el barro. Hoy el tiempo es de un frío severo. No es fácil mantener mi cuarto caliente. La caminata de hoy me pareció una bravuconada mayor que cualquiera de las que se me ocurrió acometer en invierno.

Hoy el tiempo está templado. Parece que está aclarando un poco, aunque se siente la humedad en los pies.

Después de este breve ensayo, la primavera comienza ahora finalmente en serio. ¿No es siempre así? ¿No hay siempre una promesa de primavera temprana, algo que refleja y corresponde al veranillo de San Martín que surge tras el verano, como una primavera falsa o de San Martín que precede a la verdadera primavera? Es una falsa promesa que solo despierta nuestras expectativas para luego arruinarlas, pues lo que le sigue es un recrudecimiento breve del invierno. Y aun así, incluso durante estos días invernales, todo parece avanzar hacia la primavera. Al salir de casa, escucho a los azulejos, cerca y en la lejanía, en el aire, por todos lados menos en el bosque. Cuando uno cruza el pueblo, se puede oír el rizo azul de su trino, heraldos del tiempo cálido y sereno, riachuelos de melodía celeste que se derraman aquí y allá en el aire, como si fueran sacacorchos que asaltan y derriten la masa aletargada del invierno, provocando que el hielo y la nieve se derritan y que los ríos comiencen a fluir. También, por todo el pueblo, desde hace un par de horas, han comenzado a aparecer mosquitos negros y pequeños, de dos alas y hombros de pelusa emplumada. Cuando atrapo uno, lo que veo en la palma de mi mano es como una hilacha de seda negra. De repente, están por todos los sitios.

He salido con la esperanza de escuchar nuevos pájaros, y no me han decepcionado. Uno ya sabe de quién se puede fiar. Su llegada es más segura que la de los buques del correo marítimo.

Cada día se pone mejor el tiempo. Ayer, a esta hora, el frío era más bravo que en cualquier otro día del pasado invierno. Hoy parece más cálido, más templado que en el mismo verano. Pocas veces he visto un contraste tan grande.

Hoy pude oler la tierra por primera vez.

Se me olvidó anotar ayer que estuve pintando mi bote. Los ingredientes que usé fueron aceite crudo y arcilla ferruginosa para pintar. Vi que el pintor me había vendido la arcilla en grumos del tamaño de un guisante, que no conseguí disgregar con un palo, así que tuve que pasar la mezcla por un molinillo viejo de café, que de repente se convirtió en magnífico molinillo de pintura. El resultado lo iba recogiendo en una cafetera vieja a la que tuve que hacerle un par agujeros, porque no tenía a mano otro recipiente. Cuando hube terminado de pintar, despedacé la cafetera y clavé algunas de sus partes en los tablones cóncavos de la proa del bote para reforzarlos. Primero había cubierto los rebordes con cera de injertar que tenía ya derretida.

Es evidente que los ingleses no disfrutaban de este contraste entre invierno y verano que tenemos nosotros, pues tienen demasiado verde, demasiada primavera, durante su invierno. No se da esta resurrección maravillosa del año. Pájaros que aparecen aquí con los primeros signos de la primavera están con ellos durante todo el año, y flores que emergen aquí también en ese momento allí lo hacen en enero. En realidad, su invierno se parece a nuestra primavera. Nuestro abril es su marzo, nuestro marzo, su febrero; nuestro febrero, enero y diciembre no tienen allí nombre ni signo alguno.

Lo peculiar del día de hoy es que uno percibe enseguida, en las laderas y en los salientes de las colinas, el aroma seco, cálido, presagio del verano proveniente de las hojas secas de los olmos y otros árboles. El verano se huele desde lejos. El calor le devuelve al hombre su juventud. Hay, además, algo de sequedad, de polvo, casi, en las carreteras. Las montañas están blancas aún por la nieve, y aunque el viento viene del noroeste, sigue siendo invernal, aunque ahora parece más noroeste que antes.

¿No podría llamarse mi *Diario* «Cuaderno de campo»?

Veo que hay una abeja rondando mi bote; seguramente es debido a la cera de abeja que hay en la cera de injertar con que había

cubierto los salientes. Ahora veo que hay bastantes, una de ellas atrapada en la pintura.

A Kibbe Place.

Un día genial, tranquilizador; nada más que con el viento del oeste ya siente uno la calidez. La suavidad del aire reblandece nuestra propia sustancia seca y congelada. Me apoyo contra un muro, para ver si puedo meditar de nuevo. Nos vemos afectados, igual que la tierra, y cedemos a la ternura elemental. El invierno se astilla en nuestro interior; la capa de hielo comienza a desprendérsese y estoy como la carretera, desnivelado, irregular. Se disuelven las masas de hielo y de nieve acumuladas, y los pensamientos caen en riada por canales insólitos. Las carreteras no me llevan ya a Carlisle y a Sudbury. La experiencia no nos pesa. La vemos como algo fabuloso o simbólico y el futuro es algo hacia lo que vale la pena mirar. En toda mi caminata, no he logrado subir a la cumbre de la tierra.

22 de marzo

No sale savia de los arces cuando hago un corte en ellos, con excepción del de Lincoln. ¿Qué significa esto? *Hylodes Pickeringii*, un nombre que es más grande que la propia rana. Una descripción de los animales que proviene de un espécimen muerto y que es como si en un ensayo sobre el hombre solo describiéramos a un hombre muerto, omitiendo sus costumbres y sus hábitos, sus instituciones y sus facultades divinas, debido a que no hemos tenido la oportunidad de observarlas en directo, pues no vivimos en dicho país. Solo minucias. De sus hábitos, nada se sabe. Comida: semillas de trigo, ternera, cerdo y patatas.

A Martial Miles Meadow, y en bote a Nut Meadow Brook.

Lancé hoy al agua mi nuevo bote. Es muy estable, demasiado para mí; no se mueve a un lado y otro haciéndome sentir el movimiento de las olas. Además, los asientos no están bien dispuestos; cuando van dos personas, es necesario poner una piedra en la popa para que se mantenga el equilibrio. Pero al ser tan plano de popa a proa mantiene su curso con facilidad bajo este viento lateral.

Los arándanos bajo el agua son todo un espectáculo, y siempre hago el intento de probar unos cuantos.

23 de marzo, 5:00 AM

Antes de levantarme, escuché cantar al petirrojo.

6:00 AM. Hacia el North River.

Una mañana fresca de primavera.

El plumón de la espadaña se hincha, se infla en tu mano como si fuera neblina o como si se tratara del truco de los magos en que llenan de plumas un sombrero; en cuanto arrancas apenas un dedito —trozo que crees que puedes controlar y guardar— enseguida se expande y te llena la mano. Al parecer, hay una primavera para los hilos finos y elásticos que componen su plumón, que, después de haber permanecido empacados, en el momento en que se liberan de su base, se abren inmediatamente, como un paracaídas, lanzando su semilla lejos alrededor. Donde los pájaros o el viento o el hielo han atacado las espadañas, este fenómeno se ha extendido como si fuera una erupción. De nuevo, arranco algo del plumón que hay en la espiga, y me sorprende la sensación de calidez que le da a mi mano, según se extiende por ella como mágicamente, mientras deja ver, en la base de la pelusa, al rodar y expandirse, un tinte púrpura-carmesí. Es un experimento agradable.

El hombre no se puede permitir ser un naturalista, mirar a la naturaleza directamente, sino solo desde el rabillo del ojo. Tiene que mirar a su través, más allá de ella. Mirarla directamente es fatal, como lo es mirar la cabeza de Medusa. Convierte en piedra al hombre de ciencia. Siento que tanta observación me disipa. Debiera ser el imán en medio de todo este polvo y de estas clasificaciones. Golpeo una roca con el dorso de la mano, y mientras, a continuación, aliso mi piel, me siento preparado para estudiar los líquenes sobre su superficie. Miro al hombre como miro a un hongo. Tengo casi un dolor de cabeza seco y ligero a consecuencia de todas mis observaciones. Aprender a observar es aprender a comportarse. ¡Ay, si me llegara algo de

Leteo! Para colmo, los líquenes, que son una película delgada, son descritos en su estado seco, que es como normalmente los vemos, aunque este no sea su estado más verdadero. Así, el resultado es que la descripción que de ellos se está haciendo es una descripción seca.

Me sorprende y me agrada cuando hay alguien que quiere saber qué es lo que estoy pensando. Es un uso escaso el que hacen de mí, como si ya estuvieran acostumbrados a esta herramienta. En general, cuando necesitan algo de mí, lo que quieren saber es cuántos acres creo que tiene su terreno, o, como mucho, qué noticias triviales he recopilado. Nunca van al fondo, a la carne. Prefieren la concha.

24 de marzo

Desde el golpe de frío que tuvimos sobre el 14 o el 15 del mes, he ido a menudo con el abrigo desabotonado y casi siempre sin manoplas.

En estas mañanas, uno puede observar, sobre el río, una neblina fina pero blanca.

Ha caído algo de nieve esta tarde.

Resulta agradable caminar junto a la madera de pino blanco recién cortada que hay al lado de la carretera de Charles Miles. Me gusta su olor, madera lista para el barreno. Y el amarillo tenue, rico, de la madera fresca, que acaban de partir, y su savia morada en los bordes, que da sus lágrimas perfectas, cristalinas, sin color y brillantes como diamantes, lágrimas vertidas por la pérdida de un bosque en el que bullía la luz y la pureza, y cuya vida ahora rezuma en la madera. ¡Qué accidentes imprevistos hay en el trabajo de los hombres! Me sorprende descubrir que estas lágrimas de trementina, que parecen suaves como agua, tienen no una película, sino una piel dura recubriéndolas. Las cosas curiosas que nos da el bosque. Los árboles y los líquenes que los recubren, el árbol guerrero y el escudo que lleva adherido.

25 de marzo

Cuando observé los hongos a la luz de la lámpara, me dio, de repente, la impresión —sentí incluso temor— de que quizá me había encorvado demasiado, como si el siguiente paso en la escala fuera el dedicarme a clasificar úlceras y forúnculos. ¿Carece de sentidos la masa de los hombres que ignora y confunde estas cosas, y que no ve los criptógamas igual que no ve las estrellas? A sus pies, apenas si atisban setas venenosas, musgo, *spirogyra*, e igual ocurre con lo que hay por encima de sus cabezas. Pero eso sí, son perfectamente capaces de distinguir los pilares en la inscripción de una moneda mexicana. Siempre derechos, en línea recta, ignoran los mundos que hay por encima y por debajo de ellos, y no caminan, como hago yo a veces, sobre los talones de sus botas. Y esto es algo que he podido estudiar con detenimiento, pues a menudo me he visto obligado a caminar, incómodo, sobre los talones, doblando el pie izquierdo al ascender las laderas de las colinas. Y veo que los zapateros, para ahorrarse tres o cuatro tachuelas, no completan, en el talón, la fila interior, que es precisamente el lugar de la bota que más las necesita, algo que tiene consecuencias fatales para el comprador. En los caminos, veo a menudo estas marcas. Es como si no apuntalaras una de las esquinas de tu casa. Caminando rápido sobre los talones, he logrado cruzar, sin mojarme, zonas húmedas y pantanosas. Siempre utilizo cordones de cuero atados fuertemente, e incluso así, se desatan a menudo.

Las perspectivas diferentes desde las que se puede observar la tierra: la superficie seca de la tierra como fondo del mar, el fondo del mar como una fosa seca.

26 de marzo

Sobre las 10:00 AM. vi una bandada de gansos, cuarenta y tres, exactamente, que volaban hacia el este en perfecta formación de rastrillo. Uno de los lados del rastrillo era un poco más largo. Estaban a unos cuatro o cinco pies de distancia. Es notable que



sea sobre las diez de la mañana cuando vemos a estos gansos surcando los cielos en primavera, como si tuvieran la costumbre de hacer noche en algún lugar al sur, de modo que siempre llegan a nuestra zona a esa hora. Goodwin vio seis gansos a la misma hora en Walden.

27 de marzo

El castaño está en plena floración. Quizás el 23 ya había florecido del todo. En muchos aspectos, es la flor más interesante que tenemos ahora, tan diminuta que solo un observador de la naturaleza, o alguien que las está buscando, podría verlas. Por ahora, es el color más intenso y más rico que tenemos; unos diez o doce rayos en el borde de los capullos y a los lados en los tallos desnudos. Algunas de las flores son de un carmesí claro, otras más profundo. ¡El color intenso de la flor diminuta, inadvertida, en esta estación todavía fría, desprovista de hojas o flores! Son, además, tan tiernas, que no he logrado nunca traer a casa una en buenas condiciones. Se mustian y se ponen negras.

Traté de observar a las ranas del estanque de J. P. Brown, que estaban croando tenuemente. Son especialmente tímidas. Sus ojos, su nariz, estaban fuera del agua, mientras croaban, pero en cuanto me hallaba ya a una vara de distancia, se sumergieron y se escondieron. Tuve que permanecer quieto completamente, entre los arbustos de la ribera, hasta que una de ellas se asomó. Al poco, cinco o seis emergieron, todas ellas con sus ojos dirigidos hacia mí, acercándose gradualmente hasta que estuvieron a unos tres o cuatro pies. A pesar de todo, aunque esperé por lo menos media hora, no hicieron sonido alguno y no me quitaron los ojos de encima, tal era la curiosidad que les había suscitado. Marrón oscuro, y algunas verde oscuro, de unas dos pulgadas de largo; tenían nariz y ojos fuera mientras croaban.

28 de marzo

Mi tía María me ha dicho que debiera leer la vida del Dr. Chalmers, algo que no le he prometido hacer. Anoche domingo pude oírla gritándole por el pasillo a la tía Jane (que está sorda), diciéndole: «¡Imagínate! Se pasó hoy más de media hora escuchando a las ranas croar y no quiere leer la vida de Chalmers».

6:00 AM. A los Cliffs.

No puedo pensar en un pájaro que salte más rápido, más a menudo y de modo más distintivo que el petirrojo, que siempre va con la cabeza alta.

¿Por qué es normalmente amarillo el polen de las flores?

29 de marzo, 6:00 AM.

*A Leaning Hemlocks, en bote*

Acaba de salir el sol, pero solo hay una franja de color azafrán sobre el horizonte, al este. El resto del cielo está cubierto de nubes, roto en sombras más o menos claras y oscuras. Una luz amarilla placentera cae sobre los campos que hay al oeste y sobre las riberas del río. ¿De dónde viene este tinte amarillo? Quizá la luz sería diferente si no hubiera nubes oscuras en el cielo.

Estamos ante uno de estos días que se hayan divididos contra sí mismos, en que el viento es fresco pero el sol calienta, en que la frescura no proviene de esta misma zona, sino que nos viene del noroeste aún cubierto de nieve, de modo que en los lugares recogidos hace bastante calor. De todos modos, el sol comienza a prevalecer sobre el viento, y ya se nota más calor que cuando salió hace un rato.

Cuatro patos, de a dos, surcan el río, llamándonos la atención. Parece que hay dos parejas. En ambas, uno de ellos tiene dos tercios de plumaje blanco, y el otro es marrón-grisáceo y, según me parece, más pequeño. Son bastante tímidos, echan a volar en cuanto uno está a cincuenta varas de distancia. ¿Son patos silbadores? Los blancos son mucho más blancos que los que vi el otro día, y al principio pensé que eran patos joyuyos. ¿No sería bueno

llevar un catalejo para observar a pájaros tímidos como son los patos y los halcones? En muchos sentidos, sería mejor que una escopeta. Esta nos los acerca muertos; el catalejo, vivos. Es más fácil identificar la especie matando al pájaro, pues la descripción precisa que tenemos es la de un espécimen muerto, pero los hábitos y el aspecto son más fáciles de estudiar en un ejemplar vivo.

Cuando estaba caminando por el borde del prado, bajo Lupine Hill, se me hundió el pie en la hierba en la madriguera de una rata almizclera; la hierba la cubría solo un par de pulgadas, suficiente cuando estaba congelada. La terminé de abrir con las manos. Tenía tres o cuatro canales o conductos abiertos, de una vara o más de longitud, bien excavados en el terreno del prado, que venían a dar en la boca de la madriguera. Medían tres o cuatro pulgadas de profundidad, y hacia el final no podía distinguirse dónde acababan pues se perdían en dirección al río entre las matas de arándano y entre la hierba. La entrada de la madriguera estaba en el borde inclinado de la ladera, en un montículo suave, que probablemente se encontraba bajo el agua hace seis semanas. Estaba a veinticinco varas de distancia de la orilla actual del río. Subía hacia esta un conducto de unas seis pulgadas de diámetro, que ascendía por el borde de la ribera, bajo la hierba, durante unos ocho pies, de modo que el final de la madriguera estaba un pie más alto que la entrada. La entrada era un poco más amplia, circular, de un pie de diámetro y de la misma profundidad que los túneles; apenas un montón grueso y basto de rastros, que aun dejaban ver las marcas de la guadaña y en el que aparecían ocasionalmente entremezclados trozos de musgo que había crecido ahí. Tres conductos cortos, de unos dos pies de largo, partían como radios hacia la zona más alta desde este punto central, como si estuvieran preparados para una emergencia, en caso de que las aguas subieran de repente, o quizá habían sido excavados precisamente bajo tales condiciones. La madriguera estaba, como es natural, muy húmeda y resultaba incómoda desde el punto de vista humano, aunque a la criatura le era posible respirar en su interior. Pero bueno, está claro que a la rata almizclera tampoco le afecta el dolor de muelas. Estoy seguro de que la construyó y la usó durante el invierno pasado, pues la hierba de dentro estaba

tan fresca como la del prado (aunque esta había crecido más) y parte de la arena que había sacado del agujero estaba en el prado en un montículo llano sobre el que no había crecido hierba alguna.

Según hacía el examen que he descrito arriba, hice un descubrimiento interesante. Al darle la vuelta a uno de los trozos finos de hierba que había sobre la cavidad de la madriguera, encontré, para mi sorpresa —en un día agradable y a esa hora del día—, lo que me pareció que era una excepcional formación de cristales de escarcha. Quise llamarlos inmediatamente agujas de escarcha, pues alrededor de la fina raicilla blanca de la hierba del ganado, que tenía una o dos pulgadas de longitud, pero que se hundía en la caverna húmeda y oscura (aunque la hierba apenas sí estaba crecida y casi ni era visible en esa zona), aparecían adheridos, aun en esta tarde cálida, estos bellos y extraños cristales de escarcha cuya forma era exactamente la de las agujas. Tenían un sexto de pulgada de ancho en la base aunque se estrechaban en los extremos, y a veces la parte superior del núcleo estaba vacía, una media pulgada, lo que les daba una cierta semejanza a las plumas, a pesar de que no eran planos sino redondeados, y tenían en el extremo abrupto de la raíz —como si hubiera sido cortada— una gota clara y más grande. Al examinarlos con mayor detenimiento, probándolos, sintiéndolos, vi que no era escarcha sino un rocío cristalino formado en gotas casi transparentes, que se había concentrado a causa de la húmeda de la cavidad, y que quizás era escarcha derretida que todavía mantenía su finura, su color original y su formación regular alrededor de la delicada fibra blanca. Mirándolos de nuevo, con cierta incredulidad, pude discernir hilillos blancos diminutos, casi gasa, que salían hacia todos lados, provenientes de la raicilla, y que eran lo que le daba núcleo y permitía la aparición de estas gotas. Aun así, aquellas fibras que estaban hacia abajo como estalactitas o como pelos de oruga. Tal magnífico despliegue del mundo de la química me impresionó, sobre todo al pensar que la hierba que pisamos y que en tan poco consideramos, está siendo nutrida de un modo tan maravilloso, y que el verde de la primavera no está provocado por medios

rudos y mezquinos, sino que bajo tierra, a hurtadillas, se están desarrollando los procesos más delicados y mágicos. Solo vemos la mitad, la otra mitad queda oculta. El mismo terrón está provisto de mecanismos más finos incluso que los de un reloj, aunque estos quedan ocultos bajo la tierra que pisoteamos. Si pudiéramos describir adecuadamente el proceso (su química, su mecánica) que se desarrolla en la oscuridad, en el terrón, alrededor de las mínimas fibras de hierba antes de que una hoja de hierba verde pueda aparecer entre el follaje mustio, esta descripción suplantaría toda otra revelación posible. Solo tenemos acceso a uno de los lados de la tierra. Traje a casa unos cuantos terrones de hierba en el bolsillo, pero al sacarlos de nuevo no pude detectar esas fibras blancas y perladas, así que pensé que se habían perdido, pues habían quedado reducidas a hilos secos y marrones. En cuanto al algodón todavía más fino que sostenía las gotitas de rocío, quitando un par de excepciones, era también imposible detectarlo, y ya no estaban alrededor del núcleo. Tal era la finura y delicadeza de su organización. De hecho, me hizo dudar y pensar si no eran quizá, en realidad, núcleos substanciales, existentes, aunque invisibles, propios de las hojillas y las venas de la escarcha. ¿Pueden penetrar la tierra estas fibras tiernas y casi invisibles ahí donde no hay cavidades cavernosas? ¿O es que lo que tomamos como tierra sólida lo suficiente porosa y cavernosa para que aparezcan?

La trucha parece una membrana que va de lado a lado y hacia al fondo en el banco del río.

Traté de coger una raya un par de veces. Tenía la mano cerca e intenté agarrarla lo más rápido posible. Estaba seguro de que la tenía, dejé que el agua se escurriera entre mis dedos, hasta temía haberla aplastado; abrí la mano y ¡zas!, no estaba ahí. Nunca he conseguido coger una. ¿Qué son esos caracoles comunes que hay dentro del barro en las zanjas, desde hace ya unos días?

El sauce temprano florecerá mañana. Sus amentos han perdido ya muchas de las escamas. Las anteras amarillas y repletas bullen ya por entre el plumón plateado, como el sol primaveral entre las nubes del invierno.

30 de marzo

Ahora comienza la temporada de los fuegos en el bosque. El invierno, y el sol y el viento ahora, han secado las hojas antiguas mucho más que en otras ocasiones, y no hay hojas verdes que puedan darle sombra a la tierra o detener las llamas. Estos fuertes vientos de marzo son exactamente lo que las hace expandirse. El bosque tiene un aspecto especialmente seco y bermejo. No hay aún verde en el paisaje. Con estas impresiones y estos pensamientos en mente, vi, al poco, que había humo proveniente de un fuego en Fair Haven Hill. Un grupo de niños, pues los niños siempre tienen algo especial que hacer en cada estación, habían salido a recoger frutos de sasafrás. Una cerilla entró en contacto con un trozo de mármol, nadie sabe cómo, y de repente el fuego se extendió colina arriba, consumiendo la hierba baja y la comptonia y dejando a su paso residuos renegridos y humeantes. Un par de tocones incandescentes con terrones de tierra fresca que les habían echado encima, junto a los fresnos blancos sobre la tierra negra, y el olor no del todo desagradable del humo y de las cenizas, es lo único que quedaba cuando llegué.

Hojas secas, que confundí al principio con pájaros, revolotean por el aire enfrente del acantilado.

Los movimientos de un halcón que trata de corregir los golpes del viento elevando el hombro de vez en cuando son muy parecidos a los de una hoja cuando cede a estas mismas ráfagas del viento.

¡Ay, aquellos días de la juventud! ¿Es que no van a volver jamás? En esos días, el paseante no observa con tanta curiosidad los detalles particulares, sino que se ve, se oye, se huele, se saborea y se siente solo a sí mismo, atento a los fenómenos que se muestran dentro de sí, al modo en que su cuerpo, su intelecto y su corazón se expanden. No hay gusano ni insecto, pájaro o cuadrúpedo, que puedan limitar su visión, pues el universo ilimitado es suyo. Y ahora, un pájaro se convierte ya en una mota en el ojo.

31 de marzo

Brown tiene estos pájaros que quiero examinar.

Tórtola, garza verde, *Ardea Herodias*, pito crestado, gorrión rascador, pinzón purpúreo, víreo ojiblanco, jilguero, trepador americano, tångara rojinegra (macho y hembra), sita de pecho blanco, víreo solitario, víreo ojirrojo, chipe amarillo, zorzal ermitaño (cazado aquí), cardenal picogruoso, camachuelo picogruoso, cuculillo piquinegro, sinsonte, perdiz scolopax, *Totanus flavipes* (o patas-amarillas pequeño), correlimos batitú (o chorlito de tierras altas), *Falco sparverius*, esparvero chico o halcón color pizarra, o *Falco Pennsylvanicus* de Wilson, cerceta de Carolina, cerceta aliazul, pato joyuyo (machos jóvenes).

3 de abril

No he leído los dos últimos *Tribune*. No tengo tiempo para leer periódicos.

6 de abril. A los Cliffs

¡Qué cantidad de paseos doy a lo largo del arroyo en la primavera! ¡Cómo debiera llamarlos? ¡Breves excursiones ribereñas? ¡campestres? ¡fluviales?

Cuando salí no había niebla alguna en el cielo, pero una mañana sin nubes no es necesariamente la más bella. Son ahora las 8.30 AM. y está lloviendo. Así es abril.

7 de abril, 10:00 AM. Río abajo, a Bedford con C

Si este año haces la mínima observación natural, el año que viene tendrás la oportunidad de repetirla con nuevos ejemplos. Así quedan prolongadas la estación y la vida.

Domingo 1 de mayo

Se han caído las hojas de los olmos de la llanura. Ahora, los colores son: azul claro arriba (¿dónde está mi cianómetro? Saussure inventó uno, que Humboldt utilizó en sus viajes). El paisaje tiene un color bermejo, verduzco, moteado con tierra color faisán, con bosques de pino verde o de olmo gris o rojizo entremezclados, y agua azul oscuro o color pizarra aquí y allá. El verde se ve sobre todo en los prados y ahí donde antes había agua, y un aroma fuerte, estimulante, nos llega de los prados frescos. Es como el verdor de una manzana que aparece débilmente por entre los tintes bermejos.

Ya han florecido las aguilieñas. Desde hace unos días. ¡De qué modo adornan estos acantilados oscuros y perpendiculares, inclinándose levemente desde las hendiduras y desde las terrazas!

6 de mayo

Debido a la lluvia, el paisaje ha adquirido numerosos grados de verde, incluso de verde azulado.

10 de mayo, 5:00 AM

Bajé por el Turnpike. En la distancia, a ambos lados del camino, y a una altura dos veces mayor de la anchura de la carretera, puede verse la masa de sauces dorados que destaca contra el fondo de colinas medio rojizas y contra el bosque distante, pues el verde de la hierba apenas sí prevalece entre los rastros muertos, y eso ahora que el bosque comienza a ponerse gris. El sauce hembra tiene un matiz más verde. En esta estación, el viajero cruza por portales dorados y se adentra en pasillos en los que abundan los sauces, como si estuviera acercándose a la entrada de un mundo de hadas. Seguro que vamos a encontrar aquí al chipe amarillo, y ya desde lejos se oye su trino, ese «tche tche tche tcha tchar tcha». ¡Ay, sauce, sauce! Y según pasamos por entre los portales, nos

llega un aroma dulce. Pero no solo olemos y saboreamos el aire, o escuchamos el zumbido bajo el susurro de la miríada de insectos que están alimentándose de esta dulzura. Aparentemente, es esto lo que atrae al chipe amarillo. Los portales dorados del año, las puertas de mayo. El viajero que cruza por las carreteras de Concord, sea cual sea su dirección, no puede hacerlo sin cruzar estos portales elegantes, curvos, encorvados, de ramitas delgadas, en que hojas y brotes aparecen juntos.

Es más rico quien es capaz de dar el mejor uso a la materia prima de la naturaleza para los tropos y símbolos con los que describe su vida. Si estos portales dorados de los sauces me afectan, se corresponden con la belleza y con la promesa de una experiencia en la que me estoy adentrando. Rezumo vida, y me enriquece una experiencia para la que me faltan medios de expresión. Y ahí la naturaleza se convierte en un lenguaje propio lleno de poesía; la naturaleza entera *fabulará* y cada fenómeno natural se convierte en mito.

El ojaranzo (*Carnipus*) está a punto de florecer. Salí a su encuentro, y al no verlo al principio, me olvidé de él. Al sentarme en una piedra, pensando que quizás así pudiera ver alguna flor u objeto a mi alrededor, de modo inesperado, al elevar los ojos, vi sobre mi cabeza, una rama de *carnipus* extendida y llena de pequeños amentos con anteras rojizas, que se despliegan por encima de mí como un dosel. Al igual que es mejor sentarse en un huerto y dejar que los pájaros se te acerquen, también —como quien dice—, de este modo hasta las flores vendrán a tu encuentro.

Estoy aquí sentado, rodeado de éléboros de unas dieciocho pulgadas de altura o más, con sus hojas regulares, hermosas, trenzadas, dispuestas de modo homogéneo alrededor de sus tallos erectos, mientras que una multitud de helechos se abre, lo que da una impresión general de vegetación tropical.

Dejo los bosques y comienzo a ascender por Smith Hill siguiendo el curso del arroyuelo. Desde la colina, miro hacia el oeste, más allá del paisaje. Según asciendo, las colinas bajas se hunden, se allanan hacia la tierra; no se ve cielo alguno tras ellas, sino solo las montañas distantes. Únicamente las verdaderamente grandes

se distinguen. Puede verse no solo la cúpula, sino el cuerpo, la fachada, de estos templos de tierra. Puede verse cómo los cimientos están relacionados con la superestructura. Estructuras morales. (Entre otros olores, ahora, el de la *comptonia*.) El valor de las montañas sobre el horizonte, ¿no sería ese un buen tema para una conferencia? El texto para un discurso sobre los valores reales y verdaderos, sermón de la montaña. Son peldaños hacia el cielo —igual que el que viaje a caballo tiene sus apeaderos— en los que montaremos cuando comencemos nuestro peregrinaje hacia el cielo, desde esta tierra baldía que tan poco tiene de los matices del cielo. Nos hacen más sencillo el vivir, más fácil el morir. Nos permiten desahogarnos, despegar.

Tienen valor para el hombre, igual que lo tiene el iris del ojo. Son el camino por el que nos trasladamos. Son los pastos hacia los que lanzamos nuestros pensamientos este 20 de mayo. (George Baker me dijo el otro día que había llevado a pastar a las vacas a Winchendon, que está a cuarenta millas, y eso en un solo día.)

### 11 de mayo

Las colas de caballo tardías tienen ya un pie de altura, y lucen elegantes, como si fueran un trabajo oriental, sus columnas redondeadas como compuestas de alguna gema o madera preciosa, o como bambú pequeño de las junglas orientales. Muy parecido al arte. El *coptis* lleva, al parecer, un par de días en flor, aunque tiene más brotes que flores. Cerca de la casa de Potter, vi una mata alta de arándano. Un lirio amarillo.

Mientras estaba en el río, bajo un sol verdaderamente cálido, escuché la trompeta baja de una rana-toro, aunque en sordina, lo que me hizo pensar que quizás estábamos en julio—. Notas de fagot, como la afinación que precede a los conciertos veraniegos de la orquesta. Y luego, todo volvió al silencio. ¡Qué llenos de dulzura están los pasillos del aire en estos días del sauce!

Sobre la colina cálida de N. Barret, se ve ondular la hierba a lo lejos, que nos muestra su envés más claro. Impresión de estar en junio, con la hierba que ondula y la acedera que toma su tizne

rojizo. El año tiene su colorete de juventud en la mejilla. Es demasiado tarde como para escapar de las aventuras del verano. Has cruzado el Rubicón y es aquí donde vas a pasar el verano.

14 de mayo

A Wayland en bote. Al abrigo del viento, bajo el paraje de *cephalantus* que bordea el estanque, al mirar hacia el sur, veo una franja de agua estrecha y uniforme, de un color plateado que contrasta con el cuerpo ondulado, más oscuro, del estanque. El margen, o lo que lo separa del borde —el espacio que hay entre lo que yo llamo borde de plata pulida del estanque y su cuerpo negro y agitado—, no traza una línea recta, sino que es una franja continuamente cambiante, irregular, dentada finamente, con flecos, y que modifica su forma dependiendo de si la brisa sopla entre los arbustos con un ángulo más o menos inclinado, de modo que, en un momento, el curso es amplio, y al poco, se reduce a la mitad. Todo rasgo del paisaje fluye, de este modo.

15 de mayo

Los amentos del sauce dorado han comenzado a caer de los árboles. Ha pasado su momento de sazón. Los botones de oro y la potentilla, junto con los primeros brotes del manzano (mientras la hierba ondulante se tinte de rojizo) nos presentan una estación diferente. El arándano, *resinosa*, con su flor roja abierta, un par de días antes ya en los lugares más favorables. El arbusto de roble, los robles rojo y negro que están en zonas más cálidas, debieran florecer ya hoy. Acaba de pasar una mariposa roja. Creo que las he visto ya antes. Abunda la castilleja, que está completamente en flor. Al borde del prado que hay en la colina, en el empeine de la colina, digamos, surge como una llama, a unas seis u ocho pulgadas por encima de su madeja de hojas delgadas. Nos habla de julio con su color fiero. Promete un calor que todavía no conocemos. Este campo se halla más cercano al verano. El amarillo es

el color de la primavera; el del verano es el rojo. Cruzando el dorado tenue y el verde llegamos hasta el amarillo de los botones de oro; a través del grana, llegamos al rojo fiero de julio: el lirio rojo.

16 de mayo

Hoy ha hecho un calor sofocante, el primer día de calor bochornoso, realmente, lo que nos prepara una tormenta para esta tarde. A las 5:00 PM., podían verse sobre el horizonte, quizás a la altura del valle del Merrimack, unas nubes oscuras, pesadas y de aspecto húmedo. La gente está en la puerta de su casa en esta tarde cálida, escuchando el sonido de los truenos distantes, mirando el zigzag de los rayos, que a veces bajan a la tierra, y otras ascienden entre las nubes. Realmente, el primer día de calor y chaparrón. Parece que la naturaleza acaba de sufrir una crisis. La vida reptil y viscosa está ahora completamente despierta. Podemos oler y sentir el aire fresco que viene del lugar donde ha sido la tormenta. Y ahora que se ha puesto oscuro, los márgenes de las nubes parecen prometer-nos un buen chubasco. Miramos hacia la oscuridad, y de vez en cuando aparece una luz repentina que nos ciega, como si se tratara de una inmensa luciérnaga, a lo que le sigue el estruendo del trueno. Se oyen las primeras gotas. Todas las ventanas orientadas hacia el oeste están bien cerradas. Aquellos que no ven bien, cierran las persianas y se sientan con la espalda apoyada contra las ventanas.

21 de mayo.

A Assabet a recoger berros con Sophia.

Domingo 22 de mayo

Estamos claramente en junio, primer día de verano. El centeno, que tenía solo un pie de alto la última vez que lo miré, tiene ahora tres y ondula e inclina sus espigas en el viento. Cruzamos estos campos

verde-azulados de centeno ondulante, como si un prestidigitador indio los hubiera hecho surgir durante la noche. Aunque cada día salgo a a caminar, nunca estoy preparado para este crecimiento mágico del centeno. Se me está llevando, con meses de antelación, al verano. La acedera que hay en los campos se ha puesto roja. Las vacas están preparando la leche para la mantequilla de junio.

Cuando ayer a las 6:00 PM. estábamos remando con Sophia junto al terreno de Mr. Prichard, donde el río está bordeado por una hilera de olmos y de sauces bajos, escuchamos una llamada de auxilio llamativa, como de un tordo mimo. Era un sonido vibrante, bastante alto, y parecía que un manantial genial, vibrante, estuviera imitando el maullido del tordo mimo. Había mirlos y otros pájaros revoloteando alrededor, atraídos por el sonido. Al principio no le hice demasiado caso, pues pensé que se trataba de un tordo mimo o de un tordo alirrojo malhumorado. Pero, pensándolo mejor, viré el bote hacia la orilla y comencé a mirar entre los árboles y por la orilla, pensando que acaso sí era un pájaro en peligro, que había sido atacado por una serpiente o que había quedado atrapado por alguna rama. Los pájaros que rondaban se apartaron según me acercaba, y la llamada de auxilio sonaba cada vez más fuerte según me acercaba a la orilla cubierta de mimbrera. El sonido venía de la tierra, no de los árboles. Vi un animal pequeño y negro que se apresuraba por entre la mimbrera al encuentro con nuestro bote. ¿Una rata almizclera, un visón? No, era un gatito diminuto. Apenas si tenía seis pulgadas de tamaño, desde la cara hasta la cola, o —podría decir— punta de la cola, aunque esta última era una pirámide corta y puntiaguda, del todo perpendicular, que aún no sobresalía. Era un gatito precioso y precoz, en perfecta condición, cuya anchura era un tercio mayor que su longitud. Dejó de maullar, trepó por entre las piedras tan rápido como sus miembros débiles le permitieron, y se dirigió directo hacia mí. Lo levanté y lo eché dentro de nuestro bote, y mientras estaba despegándome de la orilla recorrió rápido todo el bote y se fue hacia Sophia, que lo sostuvo durante el trayecto de vuelta a casa. Era infinitamente pequeño, más pequeño que cualquier otro gatito de los que habíamos podido ver antes, y estaba claro que lo habían destetado. Y aun así había sido capaz de llamar

a un barco, al sentir su vida en peligro, y había logrado salvarse. Teniendo en cuenta su edad y su experiencia, su modo de actuar, me pareció una proeza mayor que las que he leído sobre cualquier joven músico o joven matemático. Eran varias las conjeturas que hicimos en torno a cómo había llegado hasta allí, a un cuarto de milla de cualquier casa. Las soluciones finales quedaron finalmente reducidas a tres: o había nacido allí, o lo había llevado su madre, o habían sido manos humanas que lo habían traído. En el primer caso, seguramente tenía hermanos y hermanas, y su madre los había dejado para ir a cazar por su cuenta, lo que quiere decir que habría vuelto después. De todos modos, como esto no se nos ocurrió hasta que llegamos a casa, pensé que quizá nos habíamos metido en un aprieto. Pues este gatito, aunque interesante en extremo, requería, por el momento, una niñera constantemente a su cuidado, más una segunda niñera para cubrir las ausencias de la primera. Además, ya teníamos en casa un gato adulto, que, viendo la actitud con la que recibió al joven desconocido, sin duda lo habría hecho pedazos si lo hubiéramos dejado un solo momento solo con él. Y como nadie se atrevía a echarlo al agua, y mucho menos a ahogarlo —imposible, una vez uno lo hubiera mirado a sus ojos inocentes y de un azul pálido extremo, como de leche que se ha colado tres veces, o igualmente, después de que te hubiera chupado el dedo o la barbilla mientras con los ojos cerrados tamborileaba con las patas—, resolvimos quedarnos con él hasta que supiéramos qué hacer con él. No hallaba descanso en las piernas de nadie, o bajo cubierta alguna, sino que todavía lloraba llamando a su madre y pidiendo comida. A cada sonido o movimiento humano, salía corriendo, y cuando alguien cruzaba el cuarto, lo seguía raudo, fuera quien fuera. Tenía todas las costumbres de un gato ya maduro; ronroneaba divinamente y encorbaba el lomo para frotar botas y zapatos. Cuando levantaba la pata para rascarse la oreja (que a propósito, nunca golpeaba), siempre caía rodando al suelo. Trepaba por el que lo tenía, maullando débilmente, hasta que llegaba a poder chuparle la barbilla. Al principio, agachaba la cabeza frente a los platos de leche que sus ojos todavía no podían ver, y se le mojaba toda la barbilla. Pero pronto aprendió a chupar el dedo previamente humedecido con leche, e incluso mejor si se

trataba de un paño empapado. Después ya sí que podía dormirse y descansar. Preguntamos inútilmente por las calles en busca de su dueño, y al final fue una familia irlandesa quien se lo quedó. Un poco después, escuchamos que a las doce del mismo día en que estábamos navegando, un vecino que había oído maullidos tras un tabique, y que había mandado a un carpintero a arrancar el tablón, había encontrado allí dos gatos. Al parecer, según nos contaron, apenas una hora después del hallazgo, un cocinero irlandés y rudo se había prestado como voluntario para ahogarlos. Este los llevó al río, ¡y sin bolsa ni cubo, los lanzó simplemente al agua! ¡Uno de ellos se había salvado y había conseguido llamar a un botel! ¡Qué vida aventurada! ¡Qué gatito tan valioso! Pensamos que el aspecto hinchado que tenía al inicio se lo debía al agua. ¡Qué fuerte, que efectivo, el instinto de supervivencia!

Nuestro membrillo floreció ayer. Hoy vi muchas matas bajas de zarzamora en flor.

23 de mayo

Me sorprende hoy el amarillo-anaranjado oscuro del senecio. Al principio, tuvimos los amarillos más ligeros, más tenues, de los sauces (incluso de la primula, pues, ¿no se oscurece un poco más adelante?), de los dientes de león, de las potentillas, y luego el amarillo más profundo y más oscuro (creo que es más oscuro que la primula) de los botones de oro. Y, más adelante, según las estaciones se resuelven hacia julio, está la diferencia amplia que se da entre el botón de oro, la krigia y el senecio. Sin duda, cada nueva flor que se abre, expresa un nuevo sentir de la mente del hombre. ¿Tengo yo pensamientos amarillo-anaranjados maduros u oscuros que puedan corresponder con estas flores? El sabor de mis pensamientos comienza a dar correspondencias. Altramuces, en flor desde hace unos días, quizá desde el 19.

Trébol blanco. El morado claro de la rhodora adorna el borde de las ciénagas; otro color que el sol desgasta. ¿No es esta flor —o arbusto— la más ostentosa? Las flores son los colores diferentes de la luz solar.

Abundancia de *Polygala myrtifolia*, muy delicada, junto al camino en la ciénaga de Harrington. Así es, muchas flores tienen hermanas monjas, vestidas de blanco. Vi una tångara en el bosque de Loring. ¡Qué contraste el de un pájaro rojo con los pinos verdes y el cielo azul! A pesar de haber oído su trino y de estar buscando al maldito individuo hasta encontrarlo sobre la ramilla muerta de un pino, verlo es siempre una sorpresa. Parece que les encantan los pinos más oscuros y más densos. Ese rojo increíble, junto con el verde y el azul, como si esta fuera la trinidad que estábamos esperando. Pero paga con su trino ronco ese color suyo. Me transporta. Este no es el bosque en el camino de costumbre. ¡De qué modo acrecienta lo salvaje y lo abundante de estos bosques! La tångara y la polilla emperador son el fenómeno tropical de nuestra zona.

25 de mayo

Estoy en desacuerdo con la descripción que la mayor parte de los botánicos hacen, por ejemplo, de los sauces. Es una diferencia sin distinción. No se enfatiza la peculiaridad de las especies en cuestión, y es necesario un examen, una comparación extrema para detectar diferencias en la descripción. Una vez te han descrito una especie, comienzan, de nuevo, desde el inicio, con la siguiente, y la describen de un modo absoluto, lo que es una pérdida de tiempo. De hecho, no describen la especie, sino el género o la familia. Como si, al describir una raza determinada de hombres, uno dijera que a fin de cuentas polvo son y en polvo se convertirán. El objetivo debiera ser describir no los detalles particulares en que una especie se asemeja a su género (pues son muchos y eso solo nos daría una descripción negativa), sino aquellos en que esta resulta peculiar, pues son pocos y positivos.

Lluvia constante, sin viento, que cae del todo vertical, inundando la tierra y salpicándola, golpeando los brotes de manzana, las espinas, etc. En esta misma semana la hierba y las hojas han tomado un tono mucho más oscuro, y si pudiéramos saltar del miércoles pasado a este nos sorprendería el cambio, sobre todo el



verde azulado oscuro de la hierba. Con qué rapidez brotan las ramitas nuevas: hierbas, árboles, arbustos que retoñan rápidamente en cuanto le salen las hojas, como si, después de mucho tiempo ocultos, ahora tuvieran una cabeza que los hace ir hacia delante. En ninguna otra estación crecen tan rápido. La mayoría realiza el crecimiento de todo el año en un par de semanas durante esta estación. Germinan, brotan, y el resto del año se endurecen, maduran, y quizá tienen un segundo momento de germinación al final del verano o durante el otoño.

*27 de mayo. A Island*

Una tortuga que camina es como un hombre que tratara de andar sacando piernas y brazos por la ventana.

*29 de mayo*

El ganado está junto al puente en el río, pues se está más fresco ahí. No me encaja demasiado el sombrero, para que el aire pueda circular por debajo. Los campos están blanqueados por la vellosilla, que ahora comienza a dar semilla; una masa de pelusa blanca ondeando en una dirección, junto con los globos semilleros del diente de león. Hay plantas que ya han comenzado su decadencia. Qué calma, la del mediodía caluroso; la gente está recogida tras sus persianas. Veo hombres y mujeres a través de las ventanas abiertas en ropa ligera, echándose una siesta de domingo por la tarde, abotargados por el calor.

*31 de mayo*

Algunos de los incidentes de mi vida me parecen más alegóricos que reales; tuvieron tal sentido que en realidad ese aspecto fue el único para el que tuvieron utilidad. Esto es, me ha impresionado más su sentido alegórico y su precisión. Más que meros

incidentes o historias para los que uno debe esperar hasta que cobran sentido, han sido como los mitos o los pasajes de un mito. Algo que se adecua a mi filosofía subjetiva. Por ejemplo, pienso en esto: la hermosa azalea morada o rododendro me la tuvo que enseñar el cazador que la encontró. Ese tipo de hechos se elevan por encima de nuestra vida actual. Son acontecimientos para los que mi imaginación está, de hecho, preparada, por muy increíbles que resulten. De vez en cuando, ocurre algo con lo que mi filosofía no había soñado. Las fronteras de lo actual están a unos pensamientos de distancia todavía. Lo que me parecía un muro sólido y basto, se me aparece de repente como un cortinaje fino y ondulante. Los límites de lo actual, su fijeza, su rigidez, se corresponden en realidad con la elasticidad de nuestra imaginación. El hecho de que una flor bella y extraña que nunca habíamos visto, y sobre la que nunca habíamos oído nada, y para la que, por tanto, no había espacio alguno en nuestro pensamiento, aparezca de repente en nuestro vecindario más inmediato, es algo muy sugerente.

Ha cambiado el tiempo. Desde anoche hace algo más de frío, y, por ello, el aire está más limpio. No tenemos la bruma que había traído el calor últimamente. Las hojas se expanden ahora con belleza —ese ha sido el trabajo de mayo— y toman su verdor oscuro y veraniego. Es sorprendente ver cuántas de estas hojas están siendo ya atacadas por los insectos; pirales, agallas de rosál, abogallas, etc. Y muchos matorrales y árboles, como con el cerezo negro o el arbusto de roble, apenas le salen las hojas, se ven invadidos por las orugas enemigas.

Salgo en busca de la *Azalea nudiflora*. Sophia trajo a casa, la noche que estuvo en casa de Mrs. Brooks, una sola flor, sin ramita, sin hoja. Mrs. Brook, por lo que vi, tiene una rama larga en un florero, bastante fresca, y me dice que George Melvin se la dio a su hijo George. Lo busqué en su oficina. Dice que Melvin apareció en la oficina de Mr. Gourgas, donde este estaba reunido la noche del sábado junto con otra gente, con los brazos llenos, y le dio a cada uno un ramito, aunque no sabe de dónde lo había sacado. Un joven que trabaja en casa de Steadman Buttrick dijo que era un secreto, que solo había un arbusto en el pueblo, y que Melvin

sabía dónde estaba, y también Steadman. Pero cuando le pregunté a Melvin me dijo que lo había encontrado en el estanque o en arbusto o algo así. El joven pensaba que crecía en la isla que hay cruzando el río, en la granja de Wheeler. Fui a casa de Melvin, aunque no pensaba que le encontraría a esa hora, tan temprano en la tarde. (Por el camino vi aleluyas en flor, que apenas debían de tener un par de días.) Al llegar vi a su perro en la puerta y ahí supe que sí que estaba en casa.

Estaba sentado, sin sombrero, a la sombra, en la puerta trasera de su casa. Tenía un cubo lleno de azalea recién cortada detrás de su casa, a la sombra, que me dijo que iba a llevar al pueblo por la noche. También tenía un ramillete preparado. Había estado fuera toda la mañana y me comentó que había pescado siete lucios, aunque quizá había estado bebiendo y justo estaba recuperándose cuando llegué. Al principio se mostró algo reservado, y no quería decirme el lugar donde crecía la azalea, pero vi al final que podría sacárselo. Vaciló un poco, fue en busca de su vecino Farmer, al que llama «Razor» para ver si él sabía dónde crecía la flor. A propósito, él la llamaba la «madreselva roja». Y todo esto, solo para prolongar la espera y alargar la existencia de su secreto. Estaba bastante seguro de que la planta debía encontrarse en el terreno de Wheeler más allá del río, como me había dicho el joven, pues me acordé de que, un par de semanas antes, cuando subía para Assabet en busca de la *barbarea*, vi a Melvin cruzando con su perro, y cuando me paré a arrancar la *barbarea*, salió del bosque y me dijo que estaba buscando una caña de pescar y me preguntó por el nombre de la flor que estaba recogiendo. No le pareció especialmente bonita, «no tanto como la madreselva, ¿no?», me dijo. Y ahora entiendo que se refería a su «madreselva roja» y no a la *aquilegia*. Y bien, le dije que más le valía decirme dónde estaba; soy un botánico y debiera saberlo. Pero me respondió que no sería capaz de encontrarla solamente con sus indicaciones. Le dije que era mejor que me lo dijera, para llevarse así la gloria del descubrimiento, pues en cualquier caso, aunque no me lo dijera, yo terminaría encontrándola. Ya tenía una pista, y pensaba seguirla y no abandonar hasta encontrarla. Iría a buscarla más allá del río. Además, era capaz de detectarla por su

olor, como él sabía bien. Pensó que yo era capaz de olerla hasta desde media milla de distancia, y estaba sorprendido de que yo o Channing no hubiéramos tropezado ya con ella. Channing estuvo muy cerca en una ocasión, cuando la planta estaba en flor. Pensó que seguro la encontraba en esa ocasión, pero no fue así, y no le dijo nada.

Me confesó que la había encontrado hace ya diez años, y que cada año volvía a buscarla. Brotaba durante los días de la antigua fecha de las elecciones, y la consideraba «la flor más hermosa de todas las que crecen en la tierra». La milenrama recién ha brotado.

Entre tanto, Farmer, que estaba arando, vino junto al muro donde estábamos y ahí comenzó una conversación sobre Dodge Brook, el arroyo que atraviesa su granja. Un hombre de Cambridge, decía, le había escrito hace poco a Mr. Monroe en relación con ese tema, pero no sabía exactamente para qué. Lo único que sabía sobre ese arroyo es que lo había visto seco, y, luego, de repente, después de una semana de tiempo seco en que no había caído lluvia alguna, aparecía caudaloso de nuevo, y bien el autor de la carta o Monroe comentaban que solo existían dos arroyos de esa naturaleza en toda Norteamérica. Uno de sus nacimientos (el principal, según él), estaba en su terreno. Fuimos todos a verlo. Estaba en un prado bastante seco, que antes había sido una ciénaga. Nos contó que, en su nacimiento, no había dejado nunca de fluir el agua desde que había cavado en ese lugar, y, también nos dijo que nunca se congelaba. Metió un palo hasta ocho o diez pies en el barro para mostrarme su profundidad. Tenía pececillos allí en una alberca amplia y profunda, y echó un insecto al agua, que estos, enseguida, ascendiendo hacia la superficie, se tragaron. Hace quince años había cavado a una profundidad de nueve pies y encontró allí troncos de abeto del tamaño de una pierna, mordisqueados por los castores, que habían dejado las marcas claras de sus dientes sobre la madera. Pero en el momento en el que los sacó a la superficie se desmenuzaron al contacto con el aire. Melvin, entre tanto, me hablaba de un par de gansos que había visto criando en el Bedford Swamp. Los había visto el día anterior. El año anterior había cazado una nidada grande de patos negros también ahí.

Descendimos siguiendo el arroyo (Melvin, el perro y yo), cruzamos el río con su bote y me llevó al lugar en que crecía la *Azalea nudiflora*, que quizá venía de estar en flor hace bien poco, y también me indicó el punto cercano en el que había estado Channing. «¿No le vas a contar lo que te he dicho, no?», me pidió. Me ofrecí a pagarle por la ayuda, pero se negó a aceptar el dinero. Era mera buena voluntad lo suyo, el preferir que lo supiera a que no lo supiera. Pensaba que había florecido el miércoles pasado, el 25.

*Azalea nudiflora* —azalea morada, rododendro—, pero ni Gray ni Bigelow mencionan su viscosidad. Es un arbusto llamativo, hermoso y florido, con el aroma dulce de la *helonias* común, aunque las flores son más grandes y, en este caso, de un rosa más vivo, y no tan viscosas como las *helonias*. Con una hoja más amplia, vellosa, de un verde claro. Crece a la sombra de los árboles grandes, como el laurel. Eaton dice que la *nudiflora* «no es viscosa» y nombra media docena de variedades, entre las cuales está la *A. partita* (flores de color fresco, de cinco segmentos en la base). Pero lo cierto es que sí es viscosa. Y no puede ser de la especie *A. nitida*, de hojas pequeñas, brillantes y lisas. Debe de ser una variedad que no ha sido descrita, variedad viscosa, de la *A. nudiflora*.

Hay un atisbo de peligro de helada esta noche.

1 de junio

Las agallas de rosal sobre los robles blancos jóvenes son, en este momento, uno de los objetos más bellos del bosque; de apariencia áspera y lanosa, moteados de rojo o de carmesí en el lado que queda expuesto hacia fuera. Es notable que una simple agalla, que, en principio, miramos como algo anormal, pueda ser tan bonita, como si fuera la flor del árbol. Una enfermedad, una excrescencia, se muestra, por casualidad, como lo más bello, como la lágrima en la perla. Son bellos pecados bermejos. A través de nuestras tentaciones y de nuestras caídas aparecen nuestras virtudes. Como ocurre con muchas personalidades (con muchos poetas), vemos que la belleza se exhibe en la excrescencia que, incontrolable, ha nacido ahí donde debiera haber brotado una

flor. Así son, sin embargo, los logros del mundo. El poeta cuida de sus penas y convierte en música sus suspiros. Para el árbol, esta agalla es su «Oda al abatimiento».

Al despertarme, escucho el trino o el gorjeo universal de los pájaros, que es como el agua burbujeante en la superficie del día aún por descorchar. ¡Se servirá primero al que llegue primero! Hay que probar el primer vaso del néctar del día, si quieres recibir todo su espíritu.

4:00 AM. Voy al río, con una niebla que no deja ver más allá de una docena de varas; tres o cuatro veces más densa que las casas.

A las cinco menos cuarto alcancé la cima de la colina, por encima de la niebla, justo cuando iba a salir el sol. A mi alrededor, un mar de niebla, blanco y uniforme, que casi llegaba hasta la cumbre de esta colina, desde donde se ven solo las cimas de unas pocas montañas que aparecen en lo abierto como islas distantes. Uno puede recibir aquí la impresión que da el océano sin necesidad de ir a la costa. Los hombres, con su simpleza, irán en familia a ver los panoramas, para ver las hazañas de un peregrino, quien acaso ni siquiera tenga entre esas hazañas suyas la de haber ascendido a la cumbre de una colina como esta cuando el día despunta en una mañana de niebla. Toda la niebla que conocen es la que hay en sus cerebros. La costa no ofrece espectáculo mayor o más impresionante. Es tan ilimitado como las vistas que uno tiene desde las tierras altas en Cape Cod.

Entre tanto, mis manos están entumecidas por el frío y mis pies húmedos y doloridos por la misma causa. Ahora, a las 5:15, frente a este viento del suroeste, la niebla se ha hecho más fina en dicha dirección, y pueden verse los bosques y las casas, mientras se acumula en la parte donde está el sol, haciéndose tan densa que por momentos parece una nube oscura y baja, como las que solo desde las montañas pueden verse. Aparece entre la niebla la cresta extensa, oscura, de los bosques, y ahora el sol que se refleja en el río le da un brillo luminoso a la niebla. A las 5:30 veo, por entre los árboles, la superficie verde de los prados y el agua, que lanza sus destellos.

*Sábado 4 de junio*

Le eché una mirada a los registros más antiguos del pueblo en la oficina del escribiente; se trataba del viejo libro que contiene las concesiones de tierras. Me sorprende hallar nombres como «Walden Pond» o «Fair Haven», en fecha tan temprana como 1653, y hasta 1652. También, en la primera de estas fechas, se recoge «Second Division», junto a referencias a ríos como North y South River (todavía no era el Assabet). Están, asimismo, «Swamp Bridge» (aparentemente en nuestro camino trasero), «Goose Pond», «Mr. Flints Pond», «Nutt Meadow», «Willow Swamp», «Spruce Swamp», etc., etc. «Dongy», «Dung Hole» o «qué-no-es» parece estar localizado entre Walden y Fair Haven. ¿Con Rocky Hill se refieren a la colina de Mr. Emerson o a los Cliffs? ¿Dónde están South Brook, Frog Ponds, etc., etc.? Es agradable el encontrarse con estos nombres selváticos y perennes, que luego han quedado aplicados a campos abiertos y a prados que se dice han sido bosques talados. Second Division parece que tenía un camino extenso que iba por entre los dos ríos.

*7 de junio. A Walden*

Hice una visita a mi chotacabras en su nido. Casi no podía dar crédito a lo que estaba viendo cuando, apenas a siete pies del nido, me quedé mirando cómo empollaba sus huevos con la cabeza girada hacia mí. Parecía tan dichoso, uno con la tierra, como una esfinge, reliquia del reino de Saturno que Júpiter no logró destruir, un enigma que bien podría provocar al hombre a lanzarse de cabeza contra la piedra. No era, en realidad, una criatura viva, y mucho menos una criatura alada perteneciente al aire, sino una figura de bronce o de piedra, una fantasiosa producción artística, como un grifo o un fénix. Suficiente para sobrecoger a uno. Durante todo ese rato, esta esfinge de bronce en apariencia dormida, tan inmóvil como la tierra, me miraba con intensa ansiedad a través de la fisura mínima de sus párpados. Un paso más, y ya había echado a volar, colina abajo, hasta el suelo, balanceándose, como

si tocara la tierra, primero con un ala, luego con la otra, a unas diez varas del agua, sobre la que pasó rasante, antes de elevarse de nuevo para surcar los aires por encima de mi cabeza. Una criatura espléndida, que empolla inmóvil sus huevos sobre la colina más desnuda, más expuesta, bajo tormentas, lluvia o granizo, como si se tratara de una roca o de una parte de la misma tierra (la costra del globo), con sus ojos cerrados, sus alas plegadas. Una criatura a la que, después de estos dos días de tormenta —en que pensaríamos que se había convertido en el símbolo adecuado del reumatismo—, vemos remontar el vuelo, como pájaro que es, y convertirse en el ser más aereo, más elegante y flexible, desprovisto completamente de rigidez en sus alas o en sus articulaciones. Un preludio adecuado para su encuentro con Prometeo, atado a su roca en el Cáucaso.

*9 de junio*

Me divirtió el modo en que Mary (la chica irlandesa que estaba con nosotros hasta el otro día) nos hizo el recuento de su experiencia en casa de Joseph Brown, el lechero, que vive en la parte norte del pueblo. Nos decía que la primera noche estaban allí hospedadas veintidós personas, entre ellas, dos que trabajaban con los cerdos; también nos contó que Mr. Brown tenía diez hombres a su servicio, seis hijos y una mujer sorda, y que uno de los hombres tenía también a su mujer allí, quien le ayudaba a coser, aparte de cuidar de su propio hijo. Asimismo, todas las tareas de limpieza y de cocina para el padre y la madre de Brown (que vivían en otra casa, pero de los que también se ocupaba) se hacían en su casa, y ella, Mary, era la única chica a la que habían contratado. A los trabajadores los despertaba a las cuatro la alarma de un reloj cuya hora estaba un cuarto de hora adelantada con respecto del reloj de pared que había abajo (la misma diferencia que tenía, claro, con el reloj del pueblo), y que ella estaba en pie desde esa hora hasta las nueve de la noche. Cada hombre tenía dos petos que había que lavar, junto con numerosas latas que había que limpiar con agua caliente. Un día, después de lavar

los platos del desayuno, a las doce menos cuarto, hora de Brown, dejó la casa, para no volver más. Él le había dicho que el trabajo era sencillo, que las chicas se alojaban en su casa para recuperar la salud, después de lo cual dejaban su casa para ir a casarse. Se le admira como uno de los granjeros más emprendedores y prósperos del condado, y recibe las primas de la Sociedad de Agricultores. Quizás obtiene más de lo que debiera.

El vapor del motor que sale por detrás está dividido regularmente, como si fueran las vértebras de una serpiente, quizá debido a las sacudidas del pistón. Las semillas o grumos rojizos de la hierba cubren ahora mis botas en esta mañana de niebla. El primer brote de azucena.

8:00 AM. A Orchis Swamp; Well Meadows.

He traído un catalejo para observar a los halcones. Me han detectado y ya están graznando por encima de mi cabeza, cuando aún estoy a media milla del nido. Me es fácil observar al halcón joven (parece que solo hay uno, en el borde del nido), colocando el catalejo sobre la orquilla de un roble. Pude ver cada uno de sus parpadeos y el color de su iris. Me mira con más quietud que yo a él, ahora de modo directo con ambos ojos y con el cuello estirado; luego de perfil, solo con un ojo. ¡Qué ira expresan su ojo y su cabeza! Su ira está más en su ojo que en su pico. Su pelambre es blanquecino alrededor del ojo y en la barbilla. Entre tanto, la madre no cesa de hacer círculos arriba en torno a su cría y en torno a mí, a veces más cerca, otras más lejos, en algunas ocasiones alejándose un cuarto de milla, ocasionalmente acercándose, casi a tiro, sobre la copa de un pino blanco alto. Apenas dirijo mi catalejo hacia ella, y veo su ojo iracundo a través de las agujas de los pinos, se aleja haciendo círculos de nuevo. Durante la hora que estuve allí, a cada minuto o incluso más a menudo, graznaba con el pico abierto. A veces la perseguía un mirlo o un tirano, que parecía hacerlo solo para molestar, precipitándose a sus espaldas. Entre tanto, el macho planea, en apariencia indiferente, a gran altura, no preparado para cazar —está claro—, sino simplemente por entretenerse o divertirse surcando el aire más fresco y más fino, regocijado con sus propios círculos, como si fuera un geómetra, y disfrutando de la panorámica sublime. Dudo que tenga

su ojo fijo en presa alguna, o en la tierra. Para cazar, probablemente descende.

La prunela está en flor. Los campos están, en este momento, amarillos debido al senecio dorado, y es un amarillo más anaranjado, que ahora se mezcla con el amarillo claro y lustroso de las arañas de agua. Ahora tenemos el fruto verde de la comptonia. Parece que la *Juniperus repens* ha florecido recientemente, aunque ya está seca y estéril.

El *Erigeron annuus*, largo y blanco está en flor; debe de ser esa especie, pues es la única descrita como morada con tintes blancos.

13 de junio, 9:00 AM. A Orchis Swamp

Vi dos jóvenes halcones. Uno ya ha dejado el nido y está posado en un arce pequeño a unas siete u ocho varas de distancia. Este parece mucho menor que el que vi el otro día. Me sorprende su cabeza grande, desnuda, como de buitre, y sus ojos grandes, como si el buitre fuera un estado inferior por el cual debe pasar el halcón. Sus garras son también grandes, ya muy desarrolladas, y que utiliza para sostenerse con seguridad, como si fuera un pájaro ya maduro, antes incluso de que sus alas puedan cumplir del todo con su tarea. Su pecho es marrón claro, con franjas marrón oscuro. Cuando le hablé a Pratt de este nido, me dijo que quería traer uno de sus rifles. Pero le dije que no quería que los matara. Preferiría salvar a uno de estos halcones a poseer cien pollos y gallinas. Vale más la pena verlos planear, sobre todo ahora que hay tan pocos en el cielo. Es fácil ir a comprar huevos, pero no lo es el ir a comprar crías de halcón. ¡Mis vecinos no dudarían en matar a este par de crías de halcón si así pudieran salvar sus pocas gallinas! Pero tal modo de pensar en la economía es un modo estrecho y servil. Sacrificar lo que tiene más valor en aras de lo que tiene menos es algo innecesario. Preferiría no volver a probar los huevos de gallina o su carne a no ver jamás de nuevo un halcón surcando bien alto los cielos. Esa visión es mucho más valiosa que la de una sopa de pollo o que la de un huevo cocido. Así es que exterminamos a los

ciervos y los sustituimos con puercos. Fue entretenido el observar el vaivén, hacia delante y hacia atrás, de la cabeza del joven halcón en sus intentos por equilibrar el tenue movimiento de la rama provocado por el viento.

14 de junio

C. dice que ayer vio un «merodeador» en el bosque, cerca de la carretera de Marborough. Le pareció escuchar un ruido inquietante, como el de un hombre al estornudar, pero continuó caminando y al final se percató de que era un hombre resollando. Era viejo y canoso (las puntas canosas de su barba tenían una pulgada), y su ropa estaba en la peor de las condiciones; una criatura de apariencia miserable, un convicto fugitivo, que se ocultaba quizás en el bosque. Tenía las manos en la panza, y resollaba como si eso fuera matarlo. Parece que había llegado directamente desde el pantano y —lo más sorprendente, y algo que probaba que era un merodeador de primera clase— había atravesado un campo de centeno bien crecido sin echarle la más mínima mirada (uno de los nuestros, decía C.). Y aunque C. trató de ocultarse al borde del campo de centeno para no herir sus sentimientos, en caso de que el hombre fuera a confundirlo con el propietario, aun así, se encontraron, y el merodeador, saludándolo con una breve inclinación, desapareció en el bosque que hay al otro lado de la carretera. Lo atravesaba todo.

15 de junio

Niebla densa esta mañana.

El trébol está en su mejor momento. ¿Qué hay más lujoso que un campo de tréboles? El suelo más pobre, cubierto con ellos, parece incomparablemente fértil. Este es quizás el rasgo más característico de junio, junto al zumbido de los insectos. Es tan masivo, tal sonrojo de los campos. La salud ruda de la mejilla de la acedera ha dado paso al rubor de los tréboles. Los pintores,

cuando representan el paraíso en sus cuadros, tienden a cubrir la tierra con demasiada densidad de flores. Debe haber moderación en todas las cosas. Aunque nos encantan las flores, no queremos que sean tan abundantes bajo nuestros pies que no podamos caminar sin pisarlas. Pero un campo de tréboles en flor excusa tal proceder.

17 de junio

En los últimos tres o cuatro días han pasado por nuestra casa, y por la de Mrs. Brooks, tres ultra reformistas, conferenciantes dedicados a la Esclavitud, la Templanza, la Iglesia, etc. A. D. Foss, quien fuera ministro baptista en Hoptinkon, N. H. Loring Moody, una especie de capellán y carpintero viajero, y H. C. Wright, que escandaliza a las viejas señoras con sus escritos paganos. Aunque Foss no conocía a los otros dos, uno habría pensado que eran amigos de toda la vida. (Acabaron aquí juntos por casualidad.) Entre ellos, se llamaban por sus nombres de pila, y te frotaban de continuo con las mejillas grasientas de su afecto. No mantenían distancia alguna, sino que se agazapaban junto a ti, sin importarles qué tiempo hacía o lo estrecha que era la cama, sobre todo Wright. Su benevolencia me molesta especialmente. Temí que me llenara de grasa de un modo irreversible y, a pesar de todo, me esforcé por mantener todavía algo limpio en mi ropa. Escribió un libro llamado *Un beso por un golpe*, y se comportaba como si no hubiera alternativa entre ambos, o como si yo lo hubiera golpeado. Habría preferido el golpe, pero él estaba inclinado hacia la idea de darme el beso, cuando no había ni pelea ni acuerdo alguno entre nosotros. Yo quería que se pusiera derecho, levantara la espalda, alisara las arrugas guiñadoras que había en torno a sus ojos, y que, con cierta cautela saludable, pronunciara algo de un modo claro y directo. Era difícil mantenerse a salvo de su benevolencia viscosa, con la que parecía recubrirte antes de tragarte y de llevarte al fondo de sus entrañas. Mucho peor que el destino de Jonás. No quiero acercarme a las entrañas de un hombre más de lo que es habitual. Te lamen como si fueras su

ternero. Si pudieran, te rodearían con sus intestinos. Al minuto de conocernos, W. me interpelaba como «Henry», y cuando hablábamos decía con simpatía pastosa y sensual: «Henry, ya sé lo que vas a decir, te comprendo perfectamente, a mí no hace falta que me des explicaciones». Y hablándole sobre mí a otra persona: «Voy a adentrarme en lo más profundo de Henry». Yo le dije que «esperaba que no se diera con la cabeza contra el fondo». Era capaz de adivinar, con los ojos vendados y en un cuarto oscuro y totalmente silencioso, si había en el cuarto alguien a quien quería. Una de las cosas más atractivas de las flores es su bello recato. El que es verdaderamente noble y hermoso pone a quien ama —pudiéramos decir— a una distancia infinita, desde donde lo atrae con más fuerza aún. No me gustan estos hombres que me acercan tanto sus entrañas. Es la trampa más desagradable en la que uno pueda caer. Los intestinos de los hombres son mucho más viscosos que sus cerebros. Aquellos que se te quieren acercar al cerebro deben ser ascetas.

*Sábado 18 de junio, 4:00 AM*

En bote a Nawshawtuct; a Azalea Spring o Pinxter Spring.

Según ascendía por la colina, me sorprendió ver junto a un nogal, entre la hierba de junio, un objeto blanco, como una piedra con la parte de arriba blanca o una mofeta erecta, pues por debajo era blanco. Era una seta venenosa enorme o un hongo, un parasol cónico que tenía la forma de un pan de azúcar, algo elevado en los bordes, con incisiones de media pulgada cada una o dos pulgadas. En total, tenía dieciséis pulgadas de altura. El píleo o sombrero tenía seis pulgadas de largo por siete de ancho hasta el borde, aunque parecía más largo que ancho. No estaba cubierto por velo alguno y el tallo desnudo tenía una pulgada de diámetro.

Parecía un viejo sombrero de fieltro que había sido presionado hasta adquirir forma cónica y cuyo borde —sobre el cual se había echado algo de harina— estaba rasgado. De hecho, era lo suficientemente grande como para la cabeza de un niño. Era tan delicado y frágil que todo el sombrero temblaba ante el más

mínimo contacto, y como no me fue posible dejarlo en el fondo del bote sin dañarlo, me vi obligado a llevarlo a casa todo el rato en la mano y derecho, mientras remaba con una sola mano. Me parecía una maravilla que tal cono suavísimo hubiera podido emerger de la tierra. Tales excrescencias alían nuestros tiempos con otras épocas anteriores, como nos revela la geología. Me preguntaba si no tendría, en efecto, relación con la mofeta, no en su olor, pero sí en su color y en la impresión general que daba. Sugiere una fuerza vegetal que casi podría hacer al hombre temblar si pensara en sus dominios. Me devuelve a la era de la formación de los estratos del Carbonífero, la era del saurio y del plesiosaurio en que las ranas toro eran del tamaño de los toros. Su tallo tiene algo boscoso como si fuera el tronco de un roble, largo en proporción con el peso que debe sostener (aunque no quizás en relación con el tamaño del sombrero), como las columnas altas y huecas de algunas *piazas*, cuya base superior apenas si tiene peso suficiente para sostener los doseles. Te hacía pensar en los parasoles de los chinos mandarines. O quizás era usado por el gran antepasado de la rana-toro en sus paseos. ¿Qué papel tiene en la economía actual del mundo?

Acabo de salir (7:00 AM) a enseñar mi hongo. El lechero y el carnicero me han seguido para preguntarme qué era aquello, y niños y jovencitas que nunca me han hablado antes venían a preguntarme. Es tan frágil que me vi obligado a caminar a paso de funeral, por miedo a sacudirlo. El equilibrio en que lo mantiene su tallo es tan delicado, que con la menor inclinación cae hacia uno de sus lados, como un paraguas que hubiera perdido su estructura interior. Tiene dobladillos en el borde y las hendiduras aumentan hasta que queda del todo ribeteado, lo que le da una pulgada más de ancho en esa parte. Se derrite al sol y bajo la luz, y sobre mi mano van cayendo, van chorreando, gotas negras, mientras trozos del borde negro ribeteado caen sobre la acera. Está claro que una planta así solo puede verse en todo su esplendor por la mañana temprano. Es una criatura de la noche, como las polillas grandes. Quieren que la lleve a la primera de una serie de exposiciones de frutas y plantas que da inicio esta tarde en el edificio de los juzgados, algo que he

prometido hacer si aún está presentable. Quizá la pongan en el sótano de los juzgados e inviten a la gente a bajar a examinarla. Imaginad este inmenso parasol dispuesto entre sus rosas. Y aun así, admiten que eclipsaría y dejaría deslucidas al resto. Hay que decir, además, que este hongo no ha crecido en terrenos húmedos y bajos, sino bien arriba en la ladera seca de una colina, a unas dos varas de un nogal y a una de un muro, erguido entre la hierba fina de junio. Anoche hizo calor; la tierra estaba seca, y chispeaba un poco de lluvia.

Creo que el 14 fue el primer día en que comencé a llevar solo la chaqueta fina en mis paseos y a dormir de noche con las dos ventanas abiertas. Cuando las helonias se abrieron, digamos.

Creo que los brotes de rosa mosqueta (*eglanteria*), que están ahora en su punto álgido son más delicados e interesantes que los de las rosas comunes, aunque sean más pequeños, más pálidos y desprovistos de su fragancia especiada, a pesar de que sí que mantienen su aroma durante todo el verano, y de que la forma del arbusto es más elegante, con su curva amplia que deja caer desde una altura considerable sus coronas salpicadas de abundantes flores. Se abren del todo después de que sale el sol. Las flores tienen el centro blanquecino, y luego van poniéndose rosado tirando a morado según avanzan hacia los bordes.

He dejado el hongo parasol en el sótano para preservarlo, pero siguió derritiéndose y echándose a perder desde los bordes, desmenuzándose según se disolvía, hasta que parecía la tapa de una sartén. Por la noche, a pesar de haber estado todo el día en el sótano, no quedaban más de dos de las seis pulgadas originales del sombrero, y el eje y el mismo tallo parecían como manchados por un bote de tinta que se hubiera roto ahí mismo. Manchaba todo lo que tocaba. Seguramente, una sola noche había bastado para producirlo, y en un solo día, pese a todos nuestros cuidados, se marchitaría. ¿No es un moho o añublo gigante? Las pirámides y otros monumentos de Egipto son vastos mohos u hongos venenosos a los que todavía no les ha dado luz suficiente como para arruinarlos. La esclavitud es, igualmente, un moho, y una superstición, que prolifera en las partes húmedas y cálidas del globo. Luxor emergió una noche de entre los lodos del Nilo. El

hierbajo más humilde, más enclenque que pueda soportar la luz del sol es, así, superior al más grande de los hongos, como ocurre con la cabaña del campesino en relación con esos horribles templos. Es un templo dedicado a Apis. Todo florece, tanto los vicios como las virtudes, pero uno de ellos es sucio, en esencia, y el otro es limpio. En el infierno, las setas venenosas debieran ser representadas eclipsando a los hombres.

En la Exhibición de Flores, vi el rododendro arrancado ayer en Fitzwilliam, N. H. Era la flor más temprana que podía encontrarse allí, y solo uno de los brotes estaba abierto. Dicen que allí alcanza su perfección el 4 de julio, más cerca del Monadnock que del pueblo.

Este inesperado despliegue de flores recogidas de los jardines del pueblo sugiere las numerosas virtudes que también cultivan los habitantes del pueblo, que son más de lo que puede verse.

Podría ser un tema interesante el de los materiales con que los diferentes pájaros revisten, o de modo más general, construyen, sus nidos. Los amentos del nogal americano para el cuco, o el *hypnum* para el nido grande del mosqueador fibí.

8:30 PM. A los Cliffs.

La luna no está del todo llena. No hay sonido, no hay movimiento alguno en el bosque por el que estoy caminando (Hubbard's Grove). Los árboles parecen, contra el cielo, pantallas gigantes. Los sonidos distantes del pueblo son ladridos de perros —ese animal con el que el hombre se ha aliado— y traqueteo de carros, pues los granjeros han ido de compras al pueblo esta noche de sábado. El perro es un lobo amaestrado, como el campesino es un salvaje domesticado. Pero algo más cerca, se oyen los grillos en la hierba, con su canto que va de perpetuidad en perpetuidad, mientras un mosquito zumba junto a mi oreja y el zumbido de un abejorro inunda los rumores del pueblo; tan amplio es el universo. La luna sale por entre el cielo aborregado y el viajero se regocija. ¿Cómo es posible que un hombre escriba las mismas reflexiones cuando apoya su libreta sobre un raíl junto a un campo de patatas a la luz de la luna, y cuando lo hace a la luz del sol, en la mesa de su estudio? La luz es solo luminosidad. Mi lápiz parece moverse por un medio cremoso, místico. La luz de la luna es rica, algo opaca, como si fuera crema, pero la luz del



sol es fina y azul, como leche a la que se le ha quitado la nata. Soy menos consciente ahora que cuando estoy bajo la presencia del sol; mis instintos influyen más.

21 de junio

El día más cálido que hemos tenido hasta el momento. Desde hace dos días no llevo nada al cuello. La mudanza, el desprendernos de ropa, es tan buena evidencia del aumento de la temperatura como cualquier instrumento meteorológico. Cuando hace un mes dormí con una de las ventanas del todo abierta y echando a un lado uno de los cubrecamas, quizá pensé que hacia calor, pero ahora veo que con las dos ventanas y la puerta abierta aún no es suficiente.

Salí para Island con la puesta de sol.

Entre las masas pesadas de las nubes color ratón, cuyas partes bajas son de un azul oscuro, asoman los trozos de cielo abierto; son de un glorioso azul cobalto, como dice Sophia. ¿Cómo es que el cielo nunca se aparece tan intensa, brillante, memorablemente azul como cuando lo vemos entre nubes, sobre todo, como ahora, durante la puesta de sol, mirando hacia el sur? Esto es lo que ocurre también con el azul de la nieve. En los últimos dos o tres días me ha llevado toda la mañana, y hasta el mediodía, para despertarme.

24 de junio

Había montones de plantas de rocío secas (de un pie de alto, y más incluso) en la orilla junto a la zona de baño. ¿Fue el viento el que las arrancó, el que las trajo a la costa? Sospecho que así es, en ambos casos. Es lo mismo que sucede con las tormentas que vemos en el mar, que arrancan y arrojan las algas que hay sobre las rocas. Estas son las algas que la tormenta ha traído a la costa, aunque veo que solo hay vallisneria y rocío. La más abundante en nuestro río se encuentra entre la *Potamogeton natans* y la *pulcher*, aunque en

realidad no responde exactamente a la descripción de estas. Todas estas plantas tienen un olor bastante agradable de agua fresca de pantano, como el de un bote de sales, de sal de pantano y de algas, lo que le da vigor a la imaginación. Van recorriendo lentamente la extensa corriente de aguas destiladas que bajan hacia el océano, donde van a salarse. Son los llamados «estanques de rocío». De todos modos, no puedo hablar de los ríos *potamogeton*, pues sería una tautología, y además, no me gusta este último nombre, que indica que crece en la cercanía de los ríos, cuando no es un vecino sino un habitante del interior del río. Del mismo modo, podrían describirse las algas diciendo que crecen en las cercanías del mar.

25 de junio

Lirio naranja de gran tamaño más allá del puente de piedra. En los Glade Meadows encontré una cantidad poco usual de bayas de *amelanchier* en sazón. Después de las fresas, estas son las primeras bayas, o al menos, las más dulces, de entre las que dan los arbustos. Son parecidas a los arándanos azules, pero no tan duras. Los insectos y los gusanos las comen a menudo. Son del tamaño de los arándanos azules o los guisantes grandes. Están son las bayas-de-servicio utilizadas por los indios del Norte y de Canadá. La *poire*, para estos últimos (ver *Indian Books*, N° 6, p.13). Durante el rato en que estuve arrancando estas bayas del arbusto boscoso, bajo, ligero y ondulante que forman, me sentí en un país extranjero. Unos cuantos granjeros mayores me dicen que «aunque he vivido setenta años, jamás oí hablar de ellas o vi una». Yo las encuentro deliciosas y creo que solo haría falta que fueran más abundantes cada año para que se las apreciara más.

28 de junio

Las ortigas han florecido. El *lepidium*, desde hace una semana. La *nepeta*, también, hace unos días. De nuevo, el tiempo es más cálido.

1 de julio

Hago trabajos de agrimensura en la carretera de Bedford en estos días, lo que no me deja tiempo para mi *Diario*. Vi una de esas grandes polillas emperador, color guisante, como si fuera un pájaro, revoloteando por las copas de los árboles, esta mañana, a las 10:00 AM., cerca del terreno de Beck Stow. Recogí moras rojas tempranas en el pantano o prado que hay a este lado del terreno de Pedrick, donde clavé un palo a nueve pies de profundidad.

12 de julio

Verbena blanca. Gaulteria, desde hace unos días. Los nardos, todavía no. La orchis que hay en Azalea Brook, de flores verdes y hojas en forma de lanza, está por florecer. Las colas de caballo están altas y lozanas allí.

21 de julio, 2:00 PM

Fui a Fair Haven, en busca de unos niños que habían robado el asiento de mi bote.

24 de julio

Con o sin razón, me veo asociando la idea del verano con una cierta frescura de sótano, lo que viene provocado por la profundidad de las sombras y la exuberancia del follaje. Creo que después de este punto, las cosechas no sufren la sequía tanto como en junio, pues su follaje le da sombra al terreno y produce así rocío. Esta mañana había niebla, y sin duda, también durante las tres semanas pasadas, aunque mis trabajos de agrimensura me han impedido observar qué ocurría pues no pude levantarme temprano.

Qué lejos parece la primavera, mucho más lejos que nunca, pues este calor y esta sequedad son lo más opuesto a la primavera.

Ahí donde en abril o en mayo salía a buscar flores, ahora no se me ocurre ir; o bien está seco y yerto o ya ha llegado ahí el otoño. El reino de lo húmedo hace tiempo que se acabó. Durante largo rato, el año siente la influencia de las nieves del invierno y de las lluvias continuas de la primavera, pero, ¡qué cambio ahora! Al mirar atrás, es como si se tratara de otra era, fabulosa, en la que las venas de la tierra estaban llenas de humedad, y las violetas florecían en todas las colinas. La primavera es el reino del agua; el verano, el reino de calor y de la sequedad; el invierno, el del frío. El verano es una larga sequía; la lluvia es excepción. Todos sus signos fallan, pues el tiempo es seco. Y aunque así lo parezca, lo que observo este año no tiene nada de peculiar.

Las avellanas velludas salen ahora a nuestro encuentro, algo que me es siempre grato, pues era con ellas con lo que me limpiaba, de niño, las manchas de bayas que me habían quedado en las manos o en la boca. Las avellanas, igual que las uvas, las encontramos durante la temporada de las bayas.

25 de julio

Durante muchos años he tenido problemas con los cordones de mis zapatos, pues se desatan continuamente. Son de cuero, y los enrolló y los ato con un nudo fuerte. Pero había días en que apenas caminaba veinte varas y tenía que pararme y agacharme para atármelos de nuevo. Mi compañero y yo estábamos especulando sobre la distancia que podía recorrerse cada vez que los atábamos —la duración de un nudo de zapato—, y vimos que era un modo de medir la distancia tan natural y hasta más simple de lo que pueden ser, por ejemplo, los estadios, las ligas o las millas. A cada rato, nos veíamos levantando el pie sobre una valla o un muro, una piedra o cualquier saliente por el que estuviéramos pasando, y de nuevo, cruzábamos los cordones, apretándolos lo más posible. Y era una vejación absoluta ver que, mientras pasábamos por una zona de arbustos achaparrados, ya se habían soltado de nuevo, antes de que de verdad hubiera comenzado nuestra caminata. ¿Qué hubiéramos hecho si nos

estuviera persiguiendo una tribu de indios? Mi compañero, a veces, iba directamente sin cordones, pero ese modo de proceder no me convencía en mi caso. Un zapatero nos vendió unos cordones hechos con piel de burro sudamericano que él mismo nos había recomendado; o mejor dicho, nos los dio junto con los zapatos que estábamos comprando y añadió el precio a la cuenta. Pero no parecieron mejores que los anteriores. Y me pregunté si no había alguien que hubiera exhibido un ejemplar mejor en la Feria Mundial, y si acaso Inglaterra no nos llevaba la delantera en este asunto. Pensé en la posibilidad de unos cordones con púas curvadas, junto con otros remedios posibles. Y finalmente, el otro día se me ocurrió un experimento: en lugar de hacer dos nudos simples e idénticos uno sobre otro, echando hacia la derecha los extremos en cada ocasión, seguiría el procedimiento inverso, esto es, hacer un nudo debajo del otro. Para mi satisfacción, el experimento fue todo un éxito, y desde entonces mis cordones no me han dado problema alguno, excepto por la noche, cuando tengo que desatarlos.

Al contarle esto a otra gente, me enteré de que durante todo este tiempo había estado haciendo lo que llaman un «nudo de la abuela», pues nunca me habían enseñado a hacerlo de otro modo, como sí ocurre con los hijos de los marineros. Pero ahora había terminado haciendo un «nudo de rizo», como creo que lo llaman, o dos nudos corredizos. ¿No debieran enseñarle a hacer esto a todos los niños, y dedicar, por lo menos, una hora de su niñez a que aprendieran a hacer nudos?

6 de agosto

Más días de canícula.

Veo el disco amplio del girasol en los jardines, donde probablemente lleva un par de días; un verdadero sol entre las flores, monarca de agosto. ¿No se asemejan las flores de agosto y de septiembre a soles y a estrellas? Los girasoles, el aster y las varas de oro. En una ocasión vi uno del tamaño de un cazo para leche, dentro del cual había anidado un ratón.

He visto hojas rojas en las matas bajas de aronia. Ahora comienza la vendimia de sus jugos. La naturaleza, en este momento, es una bacanal, borracha con los vinos de mil plantas y bayas.

7 de agosto

Creo que hace una semana escuché al grillo de los alisos; un sonido claro, chirriante, que venía de las hojas en los terrenos bajos, una nota estridente y brillante que provenía de una zona de sombra fresca y húmeda, sonido del otoño. El año ha quedado en manos de los grillos, y lo están haciendo girar rápidamente sobre su eje. Unas cuantas avispas (no sé si hay más de una) están haciendo un nido de barro en mi cuarto en estos días; zumban intensamente cuando están trabajando, pero no en otro momento.

Ahora, a por hierbas: los distintos tipos de menta. El poleo abunda en las colinas. Nunca me canso de oler su aroma. ¿No sería bueno dedicarle un día entero a recoger la menta de las montañas, y otro para recoger la hierbabuena?

¡Qué triviales, qué cansinos, qué poco interesantes, qué insatisfactorios que resultan todos los empleos por los que el hombre te da dinero! Los modos que uno tiene de conseguir dinero nos llevan siempre cuesta abajo. Haber hecho algo por lo que hemos ganado dinero supone que hemos sido verdaderamente holgazanes. Si el trabajador solo recibe el salario que su patrón le paga, lo están engañando y se está engañando, además, a sí mismo. Aquellos servicios por los que la gente paga con mayor facilidad son los que resulta más desagradable prestar. Te pagan para que seas algo menos que un hombre. El Estado le pagará al genio solo si presta un servicio que le es ofensivo realizar. Incluso el poeta laureado preferiría no celebrar los accidentes de la realeza.

La *gaylussacia* ha comenzado a dar su fruto.

Vale la pena caminar cuando el tiempo está húmedo; la tierra y las hojas están cubiertas de perlas.

Cuando descendía el otro día por una colina, sentí el olor de la hierbabuena, pero fue después de un buen rato buscando que logré encontrar una planta pequeña, la única en los alrededores, que yo mismo había pisado. Cuando ayer un niño derramó sus

arándanos en el prado, vi que la naturaleza estaba utilizándolo para dispersar sus bayas, y quizá debiera haberle aconsejado que fuera a recoger otro cuenco. Las tres clases de *epilobium* crecen abundantemente ahí donde Hubbard quemó su ciénaga este año; también las *erechthites*. Me ha parecido observar que esta última es un verdadero rastrojo-de-quema.

¿No es en forma de lenguaje que todos los objetos naturales afectan al poeta? Ve una flor o cualquier otro objeto y le parece bello o le afecta porque es un símbolo de su pensamiento, y lo que él siente o percibe indistintamente madura hacia otra tipo de organización. Los objetos que veo corresponden a mi estado de ánimo.

La semana pasada ha sido muy húmeda, y ahora la tierra está plagada de hongos. La misma tierra resulta mohosa. Veo, en el camino, un moho blanco.

Me sorprendió, el otro día, la limpieza, la elaboración y la delicadeza del vestido de una señora. Llevaba un encaje con bordados o gasa sobre el pecho y pensé que era hermoso, si indicaba una pureza y delicadeza interna iguales, si era el alma lo que estaba vistiendo y tratando tan delicadamente.

10 de agosto

Alcott pasó el día de ayer conmigo. El día anterior lo había pasado con Emerson. Observó que había tomado ya su vino y que ahora venía a por la carne de venado. Ese es el cumplido que quiso darme. El tema de cómo ganarse la vida lo tenía preocupado. No podía pensar en nada que pudiera hacer por lo que los hombres le fueran a pagar dinero. No podía competir con los irlandeses en la recogida del grano. Su educación temprana no era la adecuada como para un trabajo de oficina. Había ofrecido sus servicios a la Sociedad para la Abolición para ir por el país como uno de sus agentes y hablar sobre la libertad, y estos no aceptaron su propuesta. Esto los llena de descrédito; debieran haberse asegurado de tenerlo entre sus filas. Tal conexión habría conferido una dignidad inesperada a su empresa. Pero no son capaces de tolerar un hombre que está a una cabeza de distancia de ellos. Son tan

mezquinos —Garrison, Phillips, etc— como los supervisores y el cuerpo docente del College de Harvard. Requieren un hombre que se deje entrenar bien *bajo* sus indicaciones.

11 de agosto

Cae la tarde mientras recojo puñados de poleo en la zona alta y alejada de Conantum. Lo encuentro entre los rastros y en cuanto tengo un buen puñado lo ato en un ramillete fragante. La tarde languidece, suavizando las aguas y haciendo las sombras más largas, media hora antes de que caiga el sol. ¿Qué es lo que le da su encanto especial a esta hora del día? ¿Es que comienza, en ese momento, la condensación del rocío en el aire, o el aumento grácil de las sombras en el paisaje?

¿Cómo llamar a esta estación? Este último momento de la tarde o primero de la noche, estación severa y plácida del día.

12 de agosto, 9:00 AM

En bote a Conantum, a por bayas, con tres señoras.

Llevé, para beber, sandías. ¡Qué puede haber más refrescante y más oportuno! ¡El vino más rico en el barril más adecuado! Ningún vino extranjero podría sernos tan grato. El primer melón almizclero, hoy. Si quieres mantener una sandía fresca, no la metas en el agua, que mantiene el calor; ábrela y déjala en un sótano o a la sombra. Si vas en carro, lleva en él estas verdes botellas de vino.

14 de agosto

En los caminos bajos y boscosos repletos de malas hierbas hay innumerables hongos de varias formas y colores, producto de las lluvias cálidas y del bochorno de la semana pasada, que ahora comienza a disiparse. Uno de ellos, bien grande, de más de un pie de diámetro, con un tallo de dos pulgadas y media de ancho

y cinco de alto, y que ha crecido desde que pasé por aquí el día 10 y ya comienza a hundirse como si fuera plomo sobre esa porción suya ya derretida. La tierra está cubierta de puntos sucios y pestilentes que marcan el lugar donde se han disuelto, y durante la mayor parte de mi paseo el aire estaba impregnado por un olor mohoso, como de carroña, muy fuerte y ofensivo en algunas partes, hasta el punto de que al principio pensé que había una vaca o un caballo muertos. Me dan la misma impresión de ser granos o humores que le han salido a la cara de la tierra, enrojecimientos a través de los cuales se libra de su sangre corrupta. Son una especie de excremento. Nunca antes se me había ocurrido que todas esas formas en realidad pertenecen a una misma especie.

*17 de agosto*

Lluvia, lluvia, ¡lluvia de nuevo! Es bueno para la hierba y para las manzanas; dicen que es malo para las patatas, pues hace que se pudran; la lluvia hace que las frutas que están ahora madurando se descompongan.

*18 de agosto*

Lluvia de nuevo.

De nuevo, me ha agarrado un chaparrón fuerte en el terreno de pinos broncos de Moore, al borde de Great Fields, lo que me obliga a quedarme de pie, agazapado bajo mi paraguas hasta que las gotas se convierten en chorros de agua que se abren camino a través de mi paraguas, mientras que los caminos que van colina arriba están inundados por una sucesión de charcos a diferentes niveles, cada uno de ellos bordeado por una hilera de agujas de pino muertas.

¿Qué querrá decir este sentido de tardanza que nos embarga ahora, como si lo que queda del año fuera ya cuesta abajo y aquello que no hemos hecho antes no debiéramos ya hacerlo ahora? La estación de las flores o estación de las promesas se ha acabado,

podemos decir, y ahora es la estación de las frutas. ¿Pero dónde está nuestro fruto? Se acerca la noche del año. ¿Qué hemos hecho con nuestro talento? Toda la naturaleza se nos echa encima y nos recrimina. ¿Cuán temprano en el año comienza a ser tarde? Da igual lo poco que nos hayamos retrasado; parece irremediablemente tarde. El año está lleno de advertencias sobre su brevedad, al igual que la vida.